

PALABRAS PARA DEFENDERSE



PALABRAS PARA DEFENDERSE

Un acercamiento a la Unión Nacional
de Trabajadoras del Hogar y Afines

Artes
EDICIONES
TERRITORIOS

UNIVERSIDAD DE LAS ARTES

Rectora:

María Paulina Soto Labbé

Vicerrector Académico:

Alfredo Palacio Paret

Directora de Vinculación con la Sociedad:

María José Icaza

Palabras para defenderse

Un acercamiento a la Unión Nacional de Trabajadoras del Hogar y Afines UNTHA

Editoras:

Analy de la Vera y Noelia Mantilla

COLECCIÓN TERRITORIOS

Primera edición

D. R. Universidad de las Artes 2020

D. R. Unión Nacional de Trabajadoras del Hogar y Afines (UNTHA)

Octubre, 2020

ISBN 978-9942-977-32-8

Fotografía

Las fotos incluidas en este libro son producto del taller de fotografía impartido por Joyner Salazar, estudiante de Cine de la Universidad de las Artes. Otras fueron tomadas durante las entrevistas a las integrantes del sindicato.

Ilustraciones e imagen de portada

Samantha Eggeling

Textos

Beatriz Crespo, Analy de la Vera y Noelia Mantilla

Colaboradores

Entrevistas:

Beatriz Crespo, Analy de la Vera, David Lucín, Noelia Mantilla y Génesis Pilay

Fotografía:

Joyner Salazar

Coordinación académica:

Ana Carrillo y Fernando Montenegro

UNTHA:

Lenny Quiroz y María Cruz Sánchez

Artes
EDICIONES

UARTES EDICIONES

Dirección editorial:

José Miguel Cabrera Kozisek

Diseño y maquetación:

José Ignacio Quintana Jiménez

Corrección de textos:

Marelis Loreto Amoretti

MZ14, Av. 9 de Octubre y Panamá

Guayaquil, Ecuador

editorial@uartes.edu.ec

ÍNDICE

Introducción	5
Prólogo	
¿Por qué es importante hablar del trabajo remunerado del hogar?	9
Línea de tiempo.....	14
 Capítulo I. Trazar el camino	
Los primeros tratos	19
La lucha por los derechos no es cosa de hoy	23
El viaje de Elvira	27
La difícil decisión de migrar	31
 Capítulo II. El trabajo olvidado	
Las familias ajenas	37
Las manos como herramienta fundamental	41
El desorden de cada casa.....	45
La violencia no ocurre en una sola ciudad.....	51
La promesa de otra ciudad	57
Complejizar la maternidad	61
 Capítulo III. Todas las victorias que podemos recordar	
¡Viva la santa y viva la UNTHA!	67
Reconocerse	73
Alguien nuevo toma la batuta	79
Las alianzas posibles	85

Los cuidados propios	91
Empoderarse es un camino largo y grato	95
La abogada de UNTHA	99
Una torta sin vergüenza	103
Capítulo IV. Galería	
Fotografías tomadas durante el taller	108

INTRODUCCIÓN

No se puede repasar la lucha sindical sin las personas que la han conformado y la represión que han sufrido. Desde su más resonado antecedente, la matanza obrera del 15 de noviembre de 1922, hasta el presente, la historia del sindicalismo en el Ecuador es una historia de logros y resistencia. Inicia en el año 1938 con la formación de la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC), el primer sindicato ecuatoriano, el cual dio paso a que trabajadores de distintas profesiones —albañiles, sastres y empleados de Cervecería Nacional, Petroecuador y La Universal— se organizaran y formaran sus propios sindicatos en todo el país. Sus principales actividades consistían en supervisar que no hubiera irregularidades en sus trabajos, pero, sobre todo, en luchar y reclamar por aquellas que ya se habían cometido como despidos arbitrarios, liquidaciones impagas, etc. La unión obrera siempre ha sido importante porque es la única forma de respaldarse a sí mismos.

Sin embargo, al igual que muchas otras, esta historia ha sido predominantemente masculina. «A las mujeres nos ha tocado ganar espacios. Siempre he dicho que nada ha estado hecho para las mujeres, todo ha estado formado para hombres», fue lo primero que dijo María Cruz Sánchez, vicepresidenta de la Unión Nacional de Trabajadoras del Hogar y Afines (UNTHA), cuando Ana Carrillo, docente de la Universidad de las Artes, le preguntó acerca de los sindicatos en Ecuador. Las trabajadoras del hogar llevan organizadas más de veinte años, y sin embargo hace solo tres se reconoce a UNTHA como un sindicato.

Todo comenzó en 1998 con las capacitaciones que dictaba la Fundación María Guare, por medio de las que la socióloga Trinidad Coloma motivaba a las trabajadoras del hogar a organizarse y denunciar los abusos que recibían en sus trabajos. Trabajar con casos cercanos y similares evidenció la necesidad de un sindicato de trabajadoras y no es coincidencia que este primer sindicato formado por mujeres se constituyera alrededor del trabajo del hogar, pues ha sido un sector designado a las mujeres y que, en consecuencia, heredó la invisibilización de la violencia que se ejerce en estos espacios. María Cruz Sánchez reconoce la importancia de este sindicato ya que, para ella, las trabajadoras remuneradas del hogar son las que permiten que otros sectores laborales se desarrollen.

El proceso de organización tomó tiempo porque muchas de las interesadas desconocían que gozaban de derechos laborales. El trabajo remunerado del hogar no se había tipificado en el código laboral y se habían acostumbrado a trabajar por sueldos injustos, con jornadas exhaustivas y sin saber a quién recurrir para denunciar los malos tratos. Por medio de las invitaciones de ‘boca en boca’, el 1 de junio de 1998 se fundó la Asociación de Trabajadoras Remuneradas del Hogar (ATRH), la misma que en 2002 brindaría a Lenny Quiroz una nueva forma de tomar las riendas de su vida y ayudar a cambiar otras. Mas para Lenny también fue un proceso difícil pues en aquel momento la asociación se encontraba en un punto crítico: después de la muerte inesperada de su fundadora, Trinidad Coloma, las socias se habían dispersado y alguien debía hacerse cargo, empezar desde cero. Lenny, a pesar de no tener experiencia en este tipo de situaciones, consiguió reunir las de vuelta.

La lucha de las trabajadoras del hogar abarca las calles y las casas, tanto las propias como las ajenas; sus miembros trabajan jornadas laborales que pueden verse atravesadas por una serie de irregularidades. Entre los logros más destacables de UNTHA se encuentran que en el Código de Trabajo se establezcan las responsabilidades de

los empleadores, pero sobre todo la ratificación del Convenio 189 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) de parte del Estado ecuatoriano. Así, la normativa internacional se transformó en una ley que permite a las trabajadoras acceder a los derechos que por tantos años les fueron negados. Su debida implementación es otra etapa del proceso en el que la lucha sigue vigente.

La asociación tuvo otro gran quiebre y algunas de ellas se organizaron por su cuenta para formar SINUTHRE, que en el 2016 se convirtió en el primer sindicato de trabajadoras del hogar en Ecuador. UNTHA, por su parte, lo consiguió en el año 2017 de la mano de su socia fundadora y actual presidenta, Maximina Salazar. Hoy, Lenny es la secretaria general de UNTHA y se ha retirado formalmente del trabajo del hogar para dedicarse a tiempo completo al sindicato.

Ellas están inscritas en la historia sindical ecuatoriana que ha visto surgir y desaparecer a muchos de sus compañeros y compañeras. «Antes solo decían ‘compañeros’ cuando hablaban de sindicatos. El que nos llamen así demuestra que las cosas han cambiado», sostiene María Cruz Sánchez, mientras repasa sobre los sindicatos de antaño. «Todas las empresas tenían [sindicatos], sino que ya le digo, todos fueron macheteados. Aunque los de la cerveza aún siguen luchando para que les paguen años de trabajo, la jabonería nacional; todos, todos. Cerraron, clausuraron y no les han pagado». María Cruz Sánchez lleva varios años como vicepresidenta de UNTHA, pero ha logrado coordinar su tiempo para continuar como empleada del hogar y miembro activo del sindicato.¹

Las redes de UNTHA se extienden por todo el país, pero en especial se concentra en Guayaquil por ser una de las ciudades con mayor influjo migratorio —nacional

1 Una parte importante de este libro se produjo durante la pandemia de COVID-19 en Ecuador, en la cual María Cruz Sánchez, como muchas otras trabajadoras remuneradas del hogar, perdió su trabajo.

y extranjero— de mujeres que se desempeñan en esta área. Siguen enfrentándose a grandes retos, como la actual falta de una sede en la que lleven a cabo sus reuniones, talleres y capacitaciones, por lo que han tenido que asumir el papel de un sindicato nómada. Actualmente, UNTHA está conformada por más de 200 socias y se proponen llegar a más mujeres.

PRÓLOGO

¿Por qué es importante hablar del trabajo remunerado del hogar?

La idea de hacer este libro surgió cuando conocimos a María Cruz Sánchez en el contexto de la clase Laboratorio en la comunidad, dictada por Ana Carrillo. En ella debíamos realizar talleres con los habitantes del barrio Cooperativa Juan Montalvo, al sur de Guayaquil, cuyo proceso vincularíamos con un proyecto editorial para la materia que dictaba Fernando Montenegro, Introducción a la actividad editorial. Cuando aún seguíamos en una especie de limbo académico y los demás talleres tenían una fila de niños y adultos peleándose por los cupos, se nos acercó María Cruz Sánchez y nos dijo dos cosas: que podíamos llamarla Maricruz, y que quería trabajar con nosotras. Ella quería hacer un libro sobre el sindicato Unión Nacional de Trabajadoras del Hogar y Afines (UNTHA), donde fungía como vicepresidenta. Nos contó sus inicios como asociación y que para convertirse en sindicato tuvieron que pasar veinte años, pero que el único registro con el que contaban eran fotografías colgadas en sus redes sociales y algunas notas de prensa. A Maricruz le interesaba documentar lo que habían logrado en un proceso más largo porque creía que podría ser otra forma de llegar a más mujeres trabajadoras del hogar para que pudieran empoderarse y exigir sus derechos. Mientras teníamos nuestras primeras conversaciones con Maricruz pudimos conocer a Lenny Quiroz, secretaria general del sindicato y una de las socias más importantes. Tanto ella como Maricruz se ofrecieron a ponernos en contacto con otras socias.

Semana a semana conversábamos con Maricruz, pero también con Ana y Fernando, los coordinadores del proyecto, para tratar de encontrar una forma en la que alinear

los intereses y necesidades de UNTHA con los propuestos en nuestras clases. En todos estos diálogos había una certeza: las historias personales de las miembros del sindicato sentaban las bases para abordar, de una forma más compleja, la importancia de la organización. Decidimos seguir esta línea pues no había mejor forma de dar a conocer a UNTHA que por medio de esas historias.

Cada martes ocupábamos el laboratorio de computación de la Escuela Román Castro Carranza en la Isla Trinitaria durante una hora y media, en la cual hacíamos entrevistas y nuestro compañero Joyner impartía un taller de fotografía. Maricruz estuvo presente en todas las sesiones y se encargó de retratar a sus compañeras del sindicato, y a las madres y los niños mientras recibían sus propios talleres. En los otros salones, nuestros compañeros se habían dividido por carrera y, al igual que nosotros, impartían talleres de teatro, música y artes visuales. Por nuestro lado, el grupo se conformó por estudiantes de literatura y uno de cine. Así, mientras los niños dibujaban, bailaban o aprendían a tocar instrumentos musicales, nosotros manteníamos largas conversaciones con Maricruz, Lenny, Esperanza y de vez en cuando con Jimena y Elvira, a quienes grabábamos, casi siempre, con nuestros celulares.

Por lo general sus historias comenzaban con el abandono de su ciudad natal buscando educación y un mejor futuro, cosas que casi nunca ocurrían, pues terminaban trabajando tanto que no les quedaba tiempo para estudiar. Mientras nos contaban un poco más de ellas mismas, nos dimos cuenta de que nunca hubo nada que no se relacionara a sus trabajos y, por ende, con el sindicato. En este libro podrán encontrar algunos testimonios que indagan en cómo, a través de capacitaciones y otras actividades, pudieron recuperar el amor propio que años de abuso y negligencia laboral les había arrebatado.

Muchos de los testimonios involucran distintos tipos de violencia que recibieron, no solo por parte de los empleadores, sino también en el ámbito familiar. Para producir este libro

contamos con la aprobación explícita de las entrevistadas y, en casos particulares, cambiamos sus nombres para proteger la identidad de las personas involucradas. Debido a eso y a otras licencias creativas de las autoras, cada texto está compuesto desde distintos registros. Como editoras creemos en la potencia de esa diversidad narrativa, ya que cada una de las historias debía ser abordada desde una sensibilidad particular.

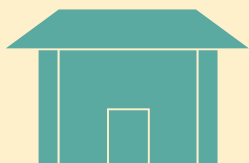
La decisión de dividir el libro en cuatro capítulos se tomó al poco tiempo de iniciar el proyecto e identificar ciertos puntos de contacto entre un testimonio y otro. El primer capítulo abarca los testimonios de migración y las decisiones detrás de eso; el segundo, las experiencias como trabajadoras del hogar; el tercero, cómo llegaron a UNTHA y lo que esta significa para las señoras sindicalistas, las oportunidades que ahí conocieron y las alegrías de encontrar en sus compañeras el apoyo para continuar. Cada historia está ilustrada por Samantha Eggeling, quien se unió al equipo en las etapas finales, pero más oportunas. También existe el cuarto capítulo, el capítulo visual. En él se encuentra una curaduría de las fotos tomadas por las señoras durante el taller de fotografía, contando, de esa forma, otras historias por medio de su propio registro.

La implementación de este último capítulo fue una de las tantas decisiones finales que tomamos las editoras de este libro, como también lo fue la de continuar con el proyecto. La mayoría de los colaboradores que nos acompañaron desde un inicio tuvieron que desistir, siendo María Beatriz Crespo la única de ellos que llegó a fungir como autora. Esto aumentó nuestras responsabilidades y alargó el proceso hasta que llegó la emergencia sanitaria por COVID-19. Fue precisamente este último y más grande obstáculo el que nos obligó a repensar las prácticas de trabajo y sus formas de difusión. Muchos proyectos tuvieron que adaptarse al formato digital y, en consecuencia, nos vimos en la necesidad de aprovechar al máximo las nuevas tecnologías. Es este formato el que nos permite hacerles llegar los episodios del programa radial “La voz descono-

cida” de Radio La Tapiñada, un proyecto desarrollado por las mujeres de UNTHA en el cual hablan con más detalle del trabajo remunerado del hogar.

La pregunta inicial de por qué es necesario hablar del trabajo remunerado del hogar se responde con los textos que encontrarán a continuación. Este libro se construye con una serie de testimonios complejos, crudos, pero sobre todo honestos ya que las historias de las socias de UNTHA son unas que por mucho tiempo se mantuvieron ocultas, tanto por miedo a hablar de estos temas como por normalización de la violencia. La discusión sobre los derechos laborales de las trabajadoras del hogar apareció gracias a un grupo de mujeres organizadas y decididas a hacer respetar aquello que no sabían que tenían pero que es fundamental. «La mayoría de las veces, las mujeres que trabajan en la casa tienen pocas palabras para defenderse y eso les hace tener vergüenza con el empleador. Nosotras, las de la organización, no tenemos vergüenza en hablar con la autoridad, porque es importante decir que este trabajo, el trabajo doméstico, es un trabajo en realidad importante», dice Maricruz.

La realización de este libro no hubiese sido posible sin Ana Carrillo y Fernando Montenegro, quienes proporcionaron su tiempo y todas las herramientas pedagógicas que tenían disponibles. Gracias a ellos logramos identificar la mejor manera de construir este libro: a través de historias de vida. De la misma forma, estamos profundamente agradecidas con las compañeras de UNTHA que decidieron empoderarse de sus historias y contarlas, sabemos que no siempre fue fácil. A Maricruz Sánchez y Lenny Quiroz agradecemos la paciencia que tuvieron para explicarnos los procesos legales, y por fungir como hilo conector hacia otras compañeras del sindicato. Finalmente, al equipo de UArtes Ediciones, Marelis Loreto Amoretti y José Miguel Cabrera Kozisek, agradecemos la confianza en este proyecto y el habernos impulsado, a través de las dificultades que se presentaban durante la pandemia, a continuar con este libro.



1994

Creación de Fundación María Guare.
En el mismo año consiguen la expedición
de Ley contra la violencia de la Mujer
y la familia.



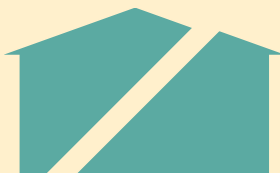
2002

Jimena y Trinidad Coloma crean la Asociación
de Trabajadoras Remuneradas del Hogar y
consiguen la vida jurídica de la misma.



2007

Lenny se une a
la asociación.



2015

Se elige la nueva directiva, lo que trae
como consecuencia la división de la
Asociación de Trabajadoras del Hogar
y Afines y SINUTHRE / Maricruz se
gradúa de bachiller.



2013

La asociación consigue la ratificación
del convenio 189 mediante la
Organización Internacional de Trabajo
el 18 de diciembre.

UNTHA



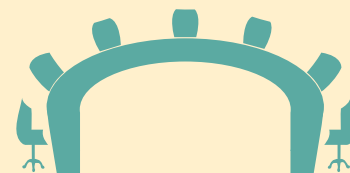
2016

Se crea la Unión de
Trabajadoras del Hogar y Afines
/ Mirna se une al sindicato.



2018

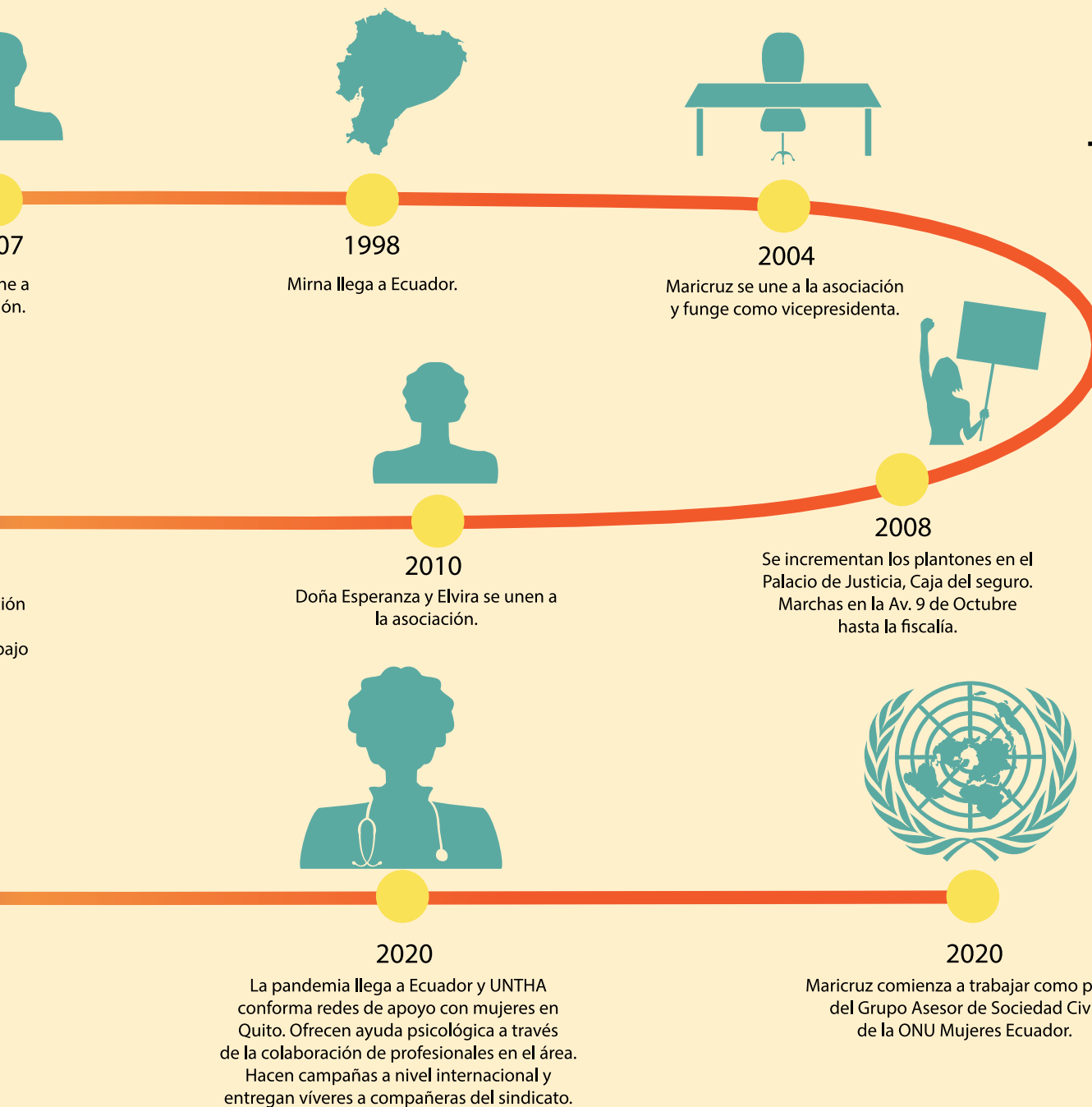
UNTHA tiene vida jurídica. / Josselin
Mero llega a Guayaquil. / La
secretaría general, Lenny Quiroz,
viaja a Ginebra en su lucha por el
convenio 190.



2019

UNTHA conforma la mesa
interinstitucional en Quito y participan
en conjunto con el Ministerio de
Trabajo, el Consejo de Igualdad, ONU
Mujeres y CARE en la ratificación del
convenio 190.

LÍNEA DE TIEMPO



CAPÍTULO I

Trazar el camino

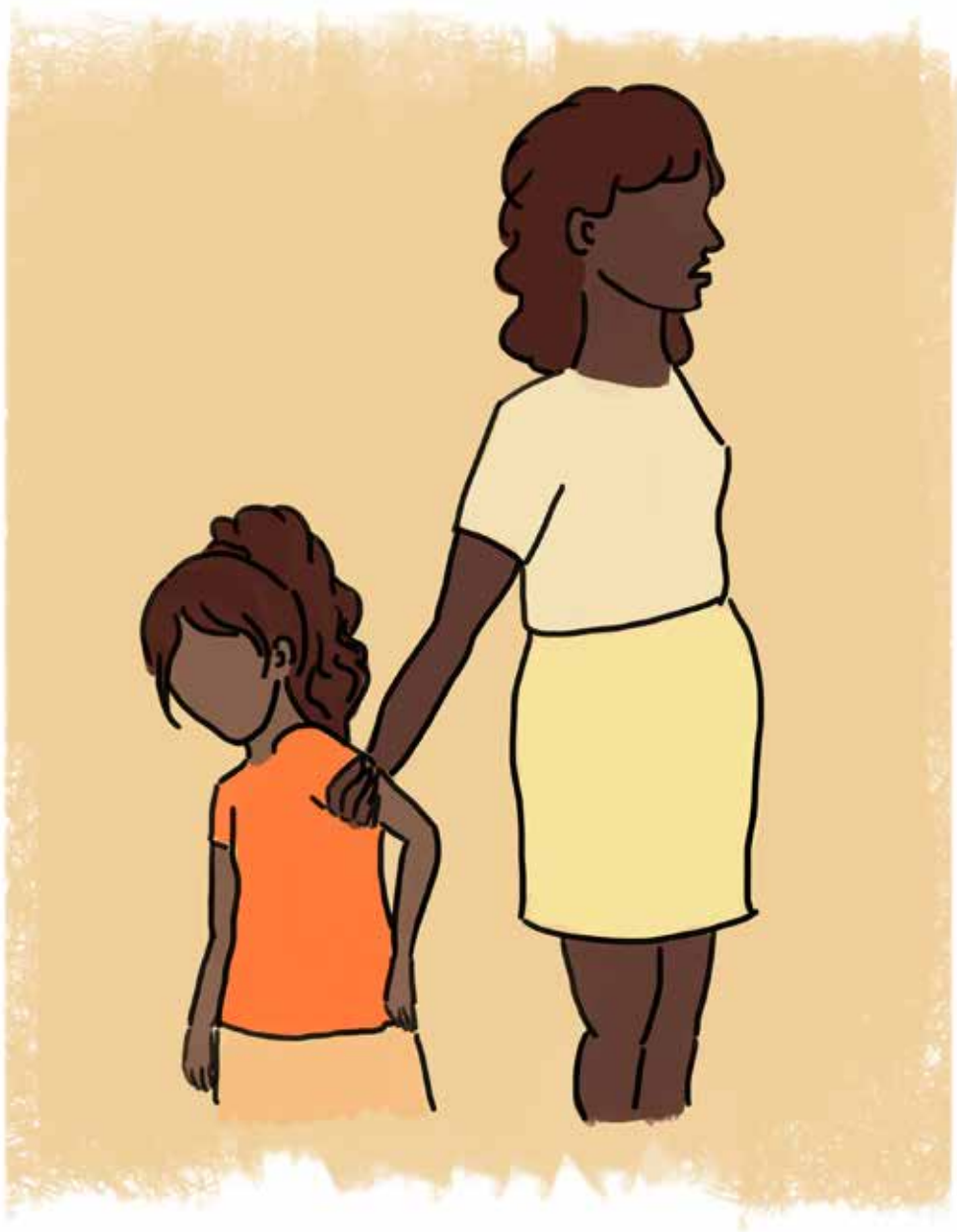
Los primeros tratos

Noelia Mantilla

Jimena Ortiz llegó a Guayaquil hace aproximadamente treinta años buscando trabajo. Es oriunda de la ciudad de Rioverde, Esmeraldas, donde vivía con su papá, su mamá y sus nueve hermanos.

—Nosotros éramos pequeños, mi mamá en el campo daba clases y por lo general pasábamos con mi papá y nos sentíamos (al menos yo ahora me doy cuenta) abandonados. Y yo, cuando era pequeña, decía que no quería vivir ahí porque, aparte de que nos dejaba con mi papá, vivíamos en el campo y no veíamos futuro —cuenta Jimena con voz suave, como si hubiera dicho estas palabras muchas veces antes—. Yo le puedo decir en mi caso. En mi caso era el sueño americano, porque yo veía que, por ejemplo, la hija del vecino de mi mamá se fue a trabajar, pero volvió diferente. Ahora habla diferente, se viste diferente, con ropa a la moda. Así. Yo veía y pensaba «quiero ser así». Yo quiero ir y venir diferente, no quiero vivir aquí porque aquí la gente es así. O sea, eso es una parte que hace migrar: a las personas que vemos. Pero no sabemos en el fondo, allá, ¿qué ha hecho esa niña para conseguir esa ropa bonita? Eso es lo que no sabemos.

En esa época su mamá se marchaba durante periodos de casi un mes, regresando ocasionalmente los fines de semana. Jimena y sus hermanos se sentían muy solos, su padre no era nada comunicativo ni cariñoso.



—Parecía más bien triste y solo metido en medio de los montes. No sé si mis hermanos, pero yo comencé a tener una mamá imaginaria, me metía a un lugar donde no había nadie y, como si soñara despierta, aparecía una señora muy amable con ganas de tener una hija y me rescataba. Estos eran mis sueños.

La rutina estaba atravesada por esas ausencias y el panorama desolador del campo que hacía todo más difícil. Así surgían ciertos modos de trabajo comunitario que eran más que nada trueques de favores. Uno de ellos fue en Santo Domingo, a donde la mandaron para que cuidara a un niño y a cambio la ponían a estudiar en un curso de belleza.

—El niño era un niño especial de unos cinco o seis meses. Había nacido con problemas del corazón, y la señora me pedía que lo cuidara. El niño se enfermó y ya no salió de ahí, se lo llevaron de emergencia a Quito y el niño murió allá. Yo recuerdo que me decían que no me iba a dejar salir porque lo que le había pasado al niño era mi culpa. Así que le mandé a decir a una prima (no me acuerdo cómo porque ahí no existían teléfonos) que por favor me vaya a sacar del trabajo porque no me dejaban salir. Ella fue como persona mayor y me sacó y le dijo que no era mi culpa, si ellos estaban conscientes de que el niño había nacido con problemas, por qué me estaban reteniendo en un lugar en el que yo no quería estar. Entonces ahí me salí. Pero de todas maneras usted se queda con esa confusión de qué pasó, ¿será que es verdad que fue por mi culpa, que no lo cuidé bien?

»Cuando llegaban visitas desde lejos y veían ese pilo de muchachitos decían «dámela a la niña para tenerla en mi casa para que juegue con mi hija». Pero mentira, éramos unas niñas cuidando a otra niña. Y cuando no lo hacíamos bien éramos de todo lo malo que podríamos existir. Cuando salíamos a hacer algo a la ciudad siempre me decían que me suba al balde de la camioneta con mucho sol o lluvia. Así hubiera espacio en la camioneta doble cabina.

Así fue como Jimena regresó a Rioverde, pero los trueques siguieron. En una ocasión su mamá la mandó a casa de una vecina a cocinarle durante una semana y a cambio, la señora le cosía un vestido que necesitaba. Sin embargo, ella no quiso volver.

—Mi mamá decía que yo era resabiada, pero ella nunca entendió por qué yo era resabiada —explica, antes de contar cómo empezó a notar algo extraño en el comportamiento del esposo de esa vecina. Pero supo con certeza que estaban en peligro cuando lo vio escabullirse en el cuarto donde dormía con su hermana, ahora fallecida—. Yo sentí que no era todo inocente. Yo sentí que tenía que cuidarme y cuidarla a mi hermana, por ejemplo. Eso mi mamá no sabe, que esa persona es del campo donde ella tiene una finca. Entonces, me acuerdo que mi hermana se dormía tranquila y yo desvelada toda la noche, cuidándola.

Hasta que una noche el miedo que la mantenía alerta no fue suficiente y el sueño la venció, solo para despertarse con aquel hombre tocándola a ella también. Me cuenta que desde ese momento le cambió la vida.

—Yo era bravísima con mi mami por mandarnos allá; me parecía decirle las cosas, pero no lo hice. Eso mi mamá no sabe. Entonces yo me digo, ahora de grande, ¿qué le voy a decir? ¿Para que vaya a tener problemas allá de pronto? O sea, ¿para qué? Pero son cosas que han pasado.

No fue hasta los dieciséis años que Jimena migró de forma definitiva. Ocurrió en una de esas veces en que alguna visita de Guayaquil o Santo Domingo llegó pidiendo a las niñas de la casa para llevarlas a estudiar. Nadie opuso resistencia. Lo mejor era que se marcharan a buscar una mejor vida. Así llegó por primera vez a la ciudad de Guayaquil.

La lucha por los derechos no es cosa de hoy

Analy de la Vera

Como les contaba hace tiempo, yo no soy oriunda de Guayaquil. Migré de forma interna, como le llamamos nosotras; es decir, en el mismo país. Yo vivía en un pueblito y de ahí me vine a trabajar aquí cuando estaba por cumplir 18 años. Creo que nuestro proceso es un proceso migratorio, porque mi mamá vivía en Montalvo, que pertenece a la provincia de Los Ríos, y migró tal vez por necesidad o porque tenía hijos y a veces se quería separar de la pareja, que era mi papá, entonces no quería seguir teniendo más hijos y se fue allá, a ese pueblito donde nos crio. Siempre hablaba del Recinto Buen Canales, pero buscaba mejoras. Mi mamá migró con tres hijos; ella lavaba y cocinaba para las gentes, porque antes en los campos había haciendas y en las haciendas necesitaban gente que les lave y que les cocine.

Mi mamá conoció a Navarro, un hombre que nos mantuvo a las tres hijas, aunque no éramos sus hijas. Mi mami y él tuvieron una pequeña tienda y ella se ayudaba de una parcela, porque en ese tiempo ya teníamos la ley agraria así que todos los que alquilaban haciendas podían aspirar a tener un pedazo de tierra. Navarro era comerciante y como mi mami tenía su tienda, poco a poco fue cambiando su condición de vida. Esa era la única tiendita que había en la zona, entonces les iba muy bien. Pero luego vino la dificultad de la vida cuando Navarro se cayó de un caballo y mi mami lo trajo a esta ciudad [Guayaquil] y lo puso en una clínica, y



lo poco que ella tenía guardado se le fue en cuatro días. En esa época, la clínica Guayaquil era una de las más caras. Pronto mi mamá se quedó sin recursos y con nueve hijos. Ella estaba asumiendo toda esa responsabilidad, ya que mi papá de crianza estaba prácticamente paralítico porque no podía hablar bien ni pararse de la cama y nosotros estábamos entrando a una pobreza extrema. Como le digo, nosotros estábamos luchando por la tierra que era la tierra agraria y, bueno, mi mami en esa época no tenía tierra y era duro. Yo entonces tenía trece años y migré a esta ciudad para tratar de cambiar la situación de mi familia, porque era una de las mayores.

De los nueve hijos de mi madre fui la primera en migrar aquí a Guayaquil. Vine sola. El primer trabajo que hice fue en una casa puertas adentro porque era donde se podía trabajar, era fácil conseguir trabajo como empleada doméstica. En ese tiempo había bastantes agencias de empleo, pero no pagaban lo que los medios de comunicación decían, la realidad era muy distinta. Hace unos treinta y cinco o cuarenta años atrás empezaron a venir las mujeres desde la provincia de Esmeraldas, Imbabura, Manabí. La mayoría de las trabajadoras del hogar que migran de diferentes provincias siempre lo han hecho a esta ciudad. Pero tanto Guayaquil como Quito y Cuenca son las que más acogen a trabajadoras del hogar, y de estas tres la primera es Cuenca.

En mi casa había mucha hambruna y ya no podíamos más. Veíamos a mi mamá que ya no podía. Yo estaba en tercer año y vivíamos en un pueblo que era lejos. Mi mami no tenía para el pasaje y muchas veces nosotros no teníamos para los zapatos, cargábamos los uniformes viejitos y las chicas siempre se burlaban. Me acuerdo que tenía un vestido conchevino con arandela; yo cuidaba tanto ese vestido porque mi mami me lo había comprado con mucho esfuerzo y era el único que tenía. Siempre que iba a fiestas o cualquier evento social me lo ponía y me decían «oye, ¿no tienes otro vestido?», pero como yo era resabiada les decía: «¿cuál es el problema? A mí me gusta mi vestido». Pero no les decía que era el único que tenía, por eso les decía «a mí me gusta mi vestido y me lo puedo poner cuantas veces quiera y si no quieres verme con mi vestido, cómprame otro, pues». Siempre he sido resabiada.

El viaje de Elvira

Noelia Mantilla

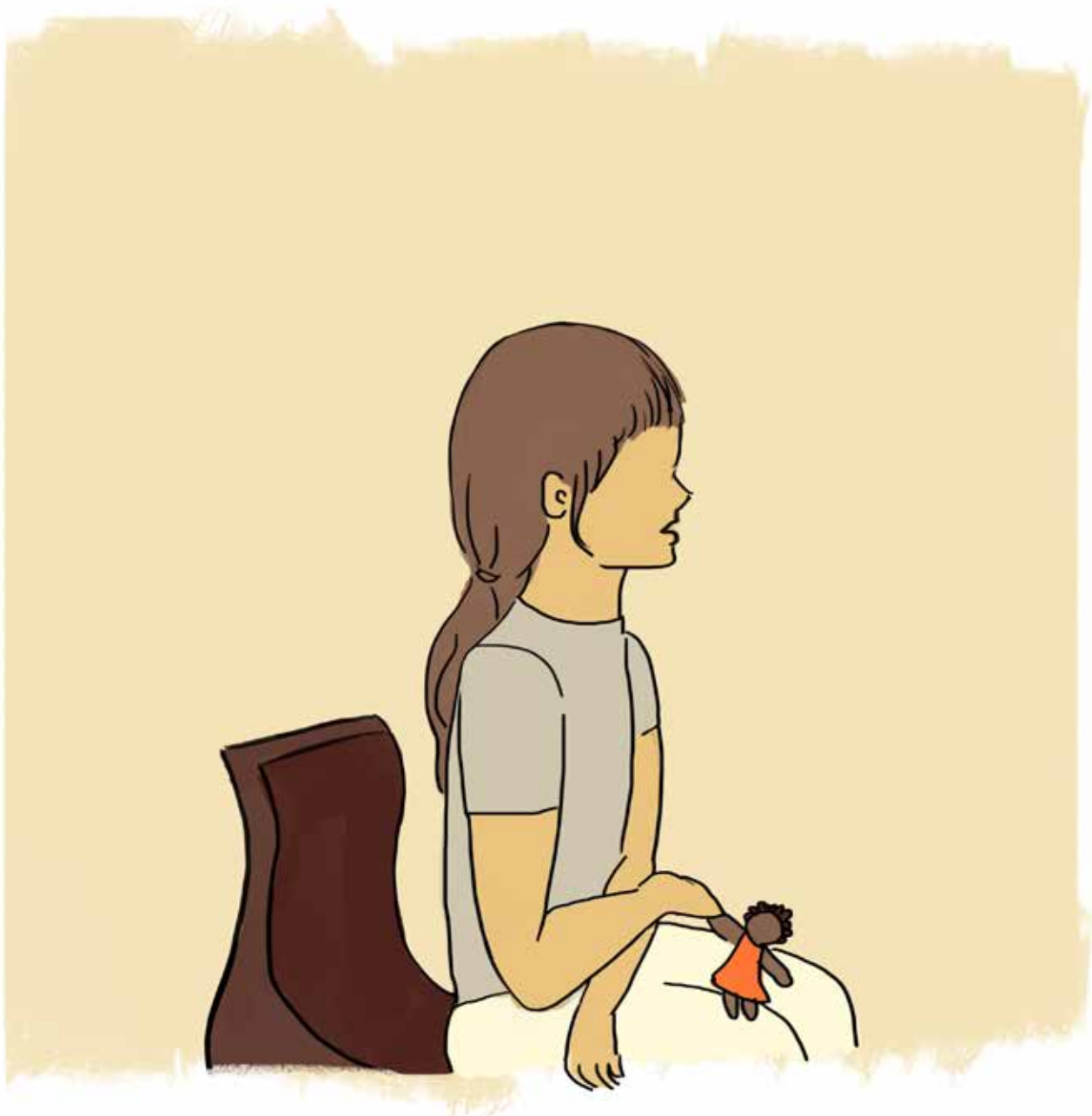
—Ella tiene quince años con nosotras, así que lleva un largo recorrido. Cuenta que vino de su Esmeralda querido, que allá usted era muy feliz —dice Maricruz mientras me presenta a Elvira. Se dirige a ella como quien se dirige a una hermana menor a pesar de que tienen casi la misma edad.

—¿Les tengo que contar mi vida?, ¿o cómo? —pregunta la señora Elvira mientras pone las manos en el regazo y mantiene la espalda muy recta, no dejando que roce la silla—.

—No, tiene que hablar de la organización. De su vida tiene que hablar con José; este es otro proyecto —dice Maricruz como es ya costumbre cada vez que las entrevistadas hacen una pregunta parecida.

—Igual no voy a contar todo porque mi memoria no lo tiene todo —sentencia la señora Elvira con firmeza.

Empieza a describir su lugar de origen en la provincia de Esmeraldas. Ahí trabajaba con su familia en una finca muy grande, apartada de las zonas urbanas. Salían solo cuando tenían que hacerlo o de vez en cuando, los fines de semana. Sin embargo, el tiempo pasaba lento y ningún cambio parecía avecinarse.



—Donde yo vivía lógicamente sí había escuela, pero ya, pues, uno ya quería salir del campito porque era una parroquia que no había carros, no había... ¿qué más?

—Ni carretera —añade Maricruz.

—Ni carretera, claro. Todavía no salía la carretera. Se decía que iba a salir y la gente se preguntaba «¿y cuándo saldrá la carretera?». Tampoco en ese entonces había colegio, porque los chicos de ahí tenían que viajar a una parte durante horas, a una parroquia llamada Borbón.

En ese entonces, Elvira era una niña que cursaba la primaria. La terminaría años después al cumplir quince, luego de que su hermana se la llevara con ella para que le cuidara sus hijos. Fue su primer viaje largo hasta Guayaquil y a partir de ahí los viajes serían de otra índole, de casa en casa, todas ajenas.

La difícil decisión de migrar

Analy de la Vera

Mi nombre es Mirna Moreno, soy colombiana y tengo doce años viviendo aquí en el Ecuador. Vine en el 2004 y para mí fue una aventura que hasta ahorita me asusta. Yo salí de mi país e iba a llegar hasta Quito porque no conocía bien Guayaquil. En el bus me encontré con una chica que venía para acá. La señora que me traía en el bus me dijo «esas chicas van para Guayaquil» y yo «ah, bueno», pero las chicas venían a trabajar en un chongo, como le llaman aquí, para que vendieran cerveza. Yo venía a trabajar en una casa o cuidando a algún niño, pero menos para hacer ese trabajo. Ellas se metieron a ese grupo: eran dos chicas colombianas y el chico que estaba ahí, quien las recibió, él también iba a trabajar a ese chongo. Detuvieron a los chicos por indocumentados y los retuvieron como dos meses, luego los escoltaron de vuelta a Colombia. Yo pude quedarme aquí porque estaba trabajando aparte de ellos. Unas personas me recogieron aquí, me quedé en esa casa y así fue, como digo, para mi buena suerte. Porque no fue mala suerte, porque Dios estaba conmigo y sigue estando conmigo. No he vuelto a saber nada de las chicas.

Mi trayecto empezó al salir de mi país dejando a mis hijos y a mi madre durmiendo. Me fui de la casa como a los 29 años. Ahora tengo 48 años y sigo aquí. Gracias a Dios pude traer a mis hijos. A una no le pude sacar sus papeles, al otro tampoco porque me lo traje cuando aún era menor de edad, pero la otra sí tiene sus papeles. A pesar de que traje a mis hijos aquí me siento a veces un poco triste porque parte de mi familia está allá. Le doy gracias a Dios porque aquí me han acogido hasta ahorita, pues una va a los trabajos y sí hay quienes miran un



poquito mal, pero hay otras personas que no. Me he ganado el cariño de la gente y así han aprendido a respetarme y a mi raza, porque la gente es muy racista todavía.

Hubo una señora que sí me trató un poquito mal aquí, pero pude superarme porque cuando una conoce a Dios, todo es posible. Por eso mismo puedo soportar estar aquí y le doy gracias que sigo con vida y que no me han hecho daño hasta ahora.

Casi a los tres años desde que vine a Ecuador pude empezar a traer a mis hijos. Me era imposible ir a verlos y para traerlos pasé como cinco años. A mi hijo lo traje como en el 2010, en el 2014 se vino el otro y mi otra hija ya tiene como siete años aquí. Mi hijo llegó a los 18 años, una de mis hijas a los 17 y aquí cumplió los 18; la otra llegó a los 14 y ahora tiene 22.

Recién hace tres años pude ir a ver a mi madre. Es duro cuando una tiene que irse y dejar a los familiares allá porque no se los puede traer. Es difícil pasarlos por la frontera ilegalmente y a mi mamá no le gusta estar ilegal en países ajenos. Pero cuando voy sí me da duro venirme porque sería el tiempo que dejo a mis hijos solos y tengo que escoger entre los dos. Mi madre o mis hijos. Pero ya no puedo viajar por falta de dinero, prácticamente no tengo trabajo y una sin plata no puede viajar.

En Colombia también era trabajadora doméstica. La única diferencia entre Ecuador y Colombia es que allá yo no conocía mis derechos y la gente me explotaba; es decir, me hacían trabajar el doble de las horas y me pagaban poco. Cuando yo entré a trabajar aquí ya conocía mis derechos y los exigía. Trabajaba las horas que tenía que trabajar y así mismo le decía a la señora que me pagara mis horas. Yo aprendí a honrar mis derechos como trabajadora. Ese motivo me llevó a defenderme porque en la casa donde anteriormente trabajaba me tocaba hacer más horas de lo acordado y me pagaba la misma cantidad. Pero ahora, como yo ya sé mis derechos, me pagan hasta cierta hora y si se pasa de esa hora, me pagan horas extras.

Ahorita no estoy trabajando porque, como soy extranjera, se me hace más difícil conseguir empleo porque hay personas que vienen a hacer maldades. No todos vamos a ir a una casa y

robar. A mí me enseñaron valores y lo que me enseñó mi madre no lo olvidaré. Cuando una va a buscar empleo le dicen que no por ser extranjera, como si una no tuviera el poderío para trabajar. Cuando una va por los cuarenta o cincuenta años es casi imposible que la gente le dé trabajo, pero yo creo que a esa edad una todavía vale, y les podemos enseñar a los más jóvenes que recién van entrando. Yo a mis cincuenta le puedo enseñar a alguien de veinticinco; o sea, yo creo que se puede emplear a las dos personas. Es por eso que ahorita no estoy trabajando, no estoy haciendo nada, pero tengo esperanza de que, por medio de Dios, voy a conseguir un empleo.

Para poder llegar a estos trabajos lo hago por medio de mis amigas, ellas me contactan, me recomiendan con la persona y me llaman. Cuando busco por mi cuenta no encuentro. No encuentro. Una de esas amigas me habló del sindicato más o menos por el 2016 y me uní. Ella me llevó a la primera oficina que tuvimos y allá me presentó a las otras compañeras. Antes asistía a las reuniones y los talleres, pero como me uní a la iglesia católica, y hay cosas que ahí no me permiten, en esas cosas no las acompaño. Pero es muy bueno lo que ellas hacen. Siento que es importante aprender más de la organización y sobre lo que enseñan para una como trabajadora y como humana. Quiero seguir ahí porque, de todas formas, cuando hacen reuniones las compañeras me citan y yo voy a informarme más. A veces, por ejemplo, cuando hay manifestaciones no puedo estar porque cuando una busca de Dios, ya no puede apoyar esas cosas. Pero sí quiero seguir para un futuro porque, si no soy yo, mis hijos pueden seguir luchando por los derechos de los trabajadores y de la humanidad.

CAPÍTULO II

El trabajo olvidado

Las familias ajenas

Noelia Mantilla

Cuando Jimena llegó a Guayaquil, su hermana Maritza ya tenía un buen tiempo limpiando la casa que la recibiría y donde se les aseguró que serían tratadas como hijas e irían a estudiar. Lo que en realidad les esperaba eran largas jornadas de trabajo doméstico que terminaban en la noche, después de que los dueños de casa llegaran de sus respectivos empleos y aumentarían sus tareas con regaños. Es por ello que a Jimena no le quedaba mucho tiempo ni energías para estudiar, al contrario de Maritza, que siempre encontraba tiempo y voluntad para hacer todo lo que le pedían.

—Sin embargo, yo era diferente. O sea, yo decía «no, primero tengo que limpiar para que luego no me vengan a regañar», por eso en los estudios era pésima. Y cuando salía mal me ponía a llorar porque yo decía «¡soy burra!». Ahora sé que no tenía el tiempo porque mi prioridad era limpiar y cuidar a los niños. Yo me ponía a pensar en las noches y decía «pero ¿por qué la vida de nosotras es así, tan sola, sin familia? Si estuviéramos con mi mamá por lo menos nos comiéramos un verde, pero juntos, en familia». Me obligaban a ponerme un uniforme que no me gustaba, y yo veía que la señora se sentaba a la mesa y yo pensaba «pero ¿por qué no me puedo sentar yo? O sea, ¿por qué?, ¿será que tengo alguna enfermedad?». Y eso fue haciendo que mi autoestima siempre esté muy baja.

Un día ambas se cansaron de los constantes regaños y se marcharon de la casa.



—Ella pensó que no nos íbamos a salir porque siempre nos decía que en ningún lugar nos iban a querer. La verdad, al principio yo le creía.

Para ese entonces su hermana mayor ya estaba casada y vivía en el sector Juan Montalvo. Jimena, por su parte, encontró trabajo en la casa de Marisol Ramírez.

—Trabajé con ella, entre idas y venidas. Marisol se había separado del esposo y yo le cuidaba sus niños, uno de dos años y otro de nueve meses. Ellos ahora me consideran como la mamá. No nos vemos casi, pero ellos cada vez que me encuentran me lo dicen.

Entre esas idas y venidas, Jimena enviaba su carpeta a agencias de empleos, pero nada garantizaba su seguridad ni la del resto de trabajadoras. En una ocasión, la agencia la envió a trabajar a la casa de un padre de familia separado que tenía dos niñas gemelas. El trabajo de Jimena consistiría exclusivamente en cuidarlas. Sin embargo, al llegar al trabajo descubrió que había otras dos mujeres trabajando puertas adentro.

—Desde que voy llegando me dice «yo quiero que le digas a las chicas de ahí que tú no eres trabajadora del hogar, sino que eres mi sobrina y tú vas a dormir acá dentro», y yo pensé «este man está loco». Pero él me dijo que yo iba a ser diferente, que iba a andar con las niñas y con él. Yo no entendía. Llegó la noche y terminé de arreglar a las niñas para que se vayan a dormir y él me dice «es que tú vas a dormir acá conmigo». Y se me fue el mundo encima. Él les había dicho que yo era la sobrina y las chicas abajo no iban a estar pendientes. Cuando él me dijo eso yo lo que hice fue correr, bajarme y salir. Me metí al cuarto de las señoras (porque ellas tenían un cuarto abajo) y me preguntan qué me pasaba, y les digo «es que ese señor quiere que duerma con él y yo no voy a hacer eso» y me dicen que ellas sí lo sabían. «Él tiene la costumbre de hacer eso, trae a las chicas jovencitas, las hace sus mujeres un tiempo, las que le aceptan, y luego las bota. La mujer lo dejó porque él le pegaba. Por eso es separado. Él tiene esa costumbre y cuando se hostiga, pide otra chica. Así es él».

Esa noche Jimena durmió con las otras dos señoras y a la mañana siguiente, muy temprano, la ayudaron a escapar. Llegó a casa de su hermana a las siete de la mañana. Cuando ella le preguntó qué había pasado, solo le respondió que no se había acostumbrado.

—Pero yo nunca le dije a ella lo que realmente había pasado porque si no, nunca más me iba dejar salir a trabajar. Entonces, son esas cositas que yo nunca les he contado. Mi mamá piensa que nosotras hemos sido unas mujeres así, bien, que nos ha ido bien. Ella nunca se ha enterado de las dificultades que hemos tenido en el trabajo.

Lo cierto es que esas ‘dificultades’ duraron años y alcanzaron niveles insospechados que Jimena no concebía como abusos.

—Cuando yo les cuento a las chicas, ellas me preguntan que por qué. Pero son cosas que una cree que las tiene que hacer, y ya.

Fue en ese entonces que Trinidad Coloma le insistió en organizarse para protegerse las unas a las otras. El hablar de todos los abusos no fue ni siquiera el primer paso, pues Jimena no confiaba suficiente en sus propias palabras o siquiera en su propio dolor. Ese reconocimiento propio tomó años y a la par iba aprendiendo cuáles eran sus derechos como trabajadora del hogar. Empezó como en otras ocasiones: a partir de las redes entre compañeras que se encontraban en la misma situación de vulnerabilidad. La única diferencia es que ya no se organizaban para escapar.

Las manos como herramienta fundamental

Analy de la Vera

En mi primer trabajo me decían que me iban a enseñar a cocinar y todo lo demás, pero fue diferente cuando llegué. El trabajo era en Gómez Rendón y Santa Elena, no fue tan bueno que se diga porque ellos a la larga querían que yo les cocinara a su forma y tenía hartos problemas con la señora porque yo no sabía. Ahí yo me ocupaba de todo: cocinaba, lavaba, cuidaba a una niña que tenía unos nueve años. Les lavaba a las tres niñas y a dos señoras adultas, porque ahí pasaba una hermana y la señora. Después ella tuvo un novio y tenía que atenderlo a él también. Era un poco de gente. Me tocaba hacer todo lo de la casa porque la señora no pasaba ahí; ella tenía un gabinete. Después quiso que le haga cosas del gabinete y yo me fui cuando la señora empezó a maltratarme porque el novio de ella quería ir allá. Había un joven, el hijo de ella, que me defendía y eso ponía más brava a la señora. Yo, como no tengo genio, dije que ya no aguantaba más y me fui. Ahí me pagaban unos mil quinientos sucres.

Me fui de vuelta a la agencia donde me habían empleado para buscar otro trabajo; ahí duré más porque era niñera. A ellos les dije que no quería cocinar, que iba a cuidar a la niña nomás y eso hice.



Malos tratos, como las otras compañeras, casi no he tenido. Siempre he respetado y he buscado el respeto de ellos. Lo que sí es que desconocía las leyes por lo que nunca tuve seguridad social ni vacaciones. Para mí era normal no tener nada de eso. Yo comía siempre con ellos en la mesa porque eran gente de clase media. Después empecé a trabajar con familias de clase alta y recién ahí tuve la experiencia de trabajar puertas afuera, algo que hice al menos por 10 años. Dejé de trabajar puertas adentro cuando formé familia. Luego mis hermanos también quisieron venir a Guayaquil para terminar de estudiar y conseguir trabajo, y ahí me vi en la necesidad de alquilar, aunque sea un cuarto pequeño. Mis hermanos se fueron acercando a esas familias y como yo tenía la mía ellos se fueron quedando allá, trabajando y también alquilaban por allá. Ellos no quisieron venir a vivir aquí conmigo porque acá en la Isla Trinitaria todo era agua, en realidad nadie quería venir a vivir aquí. Esto era lodo y agua, y ellos prefirieron quedarse en el centro.

Tuve a mis hijos uno detrás de otro y trataba de arreglar la casa para darme tiempo de cuidar a mis hijos y a eso me dediqué la mayor parte del tiempo hasta ahora, que ya están grandes. Ya tengo unos 5 años que dejé de lavar porque eso me estaba afectando los huesos y me dijeron que lo siga haciendo si quería morir. Las manos, los dedos, se me hinchaban feísimo, todo se me maduraba de tanto que lavaba y poco a poco comenzó también un dolor en el codo que luego pasó a la espalda. Entonces fui a la doctora y me dijo «ya no te puedo dar más calmantes, y si sigues en ese trabajo te vas a morir». Lavar y planchar es lo que me afecta los huesos. Aún lavo, pero ya no como antes, antes yo brincaba de casa en casa. En la mañana lavaba en una casa, al mediodía me iba a otra y muchas veces terminaba saliendo tipo nueve o diez de la noche. Y eso era todos los días. Fuera de eso, yo también tenía ropa ajena en mi casa donde remataba hasta la una o dos de la mañana lavando. Sí ganaba bastante, no digo que no, pero así mismo uno se enferma al dedicarse a este trabajo. Llegué a trabajar con una doctora que era medio mala, me dejaba encerrada en la lavandería hasta que terminara de lavar. Ella llegaba a las 6 de la tarde a medio darme un pedazo de sandía. Con ella duré como seis meses porque no me gustaba. No me daba la oportunidad de salir, tenía que quedarme ahí encerrada hasta que llegara y pasaba todo el día sin comida. Esa fue la primera vez que experimenté algo

así por parte de un empleador porque he tenido algunos y no han sido así, solo ella. Ella vivía disculpándose y me decía «es que no tengo tiempo, yo también recién salgo de trabajar y voy a ver qué cocinar». Esa era su justificación.

El desorden de cada casa

Noelia Mantilla

El primer trabajo de Elvira consistía en limpiar la casa y cuidar a los niños. En ese entonces tenía quince años y la mayor de las personas a su cuidado, diecisiete. Se suponía que iba a reemplazar a una señora que había tomado vacaciones por dos semanas, pero nunca regresó. Había llegado hasta ese empleo por medio de su hermana, quien le mostró a la empleadora su diploma de honor para convencerla de que le diera permiso para estudiar en las tardes. Sin embargo, la empleadora no le permitió tener un horario para eso y su hermana decidió llevarla a trabajar a otra casa donde tampoco tuvo tiempo para estudiar, ya que el trabajo era puertas adentro.¹

—Así fui entrando y saliendo, entrando y saliendo, y como en ese entonces no había la facilidad de ahora, o de pronto yo no tuve el carácter suficiente para hacerlo, ya me quedé y no seguí el colegio.

Eventualmente Elvira entró a la escuela de enfermería y aprendió a poner inyecciones y sueros de forma perfecta, pero cuando le dijeron que debía hacérselo ella misma, se negó y se retiró.

—La cosa es en desorden porque no recuerdo todo, mi memoria no tiene todo —advierte antes de evocar años atrás para contarme una de sus experiencias en alguna de las casas a las que fue a trabajar.

¹ En esta modalidad los empleados viven en la casa de su empleador. Los horarios de trabajo duran lo mismo que la jornada cotidiana del núcleo familiar.



En esa época los contactos se hacían por Radio Cristal, los empleadores mandaban un mensaje diciendo que necesitaban a alguien y dejaban la dirección. A los diecinueve años, Elvira entró a trabajar con una familia que estaba esperando a su segundo hijo, el primero era aún muy pequeño. La señora parecía muy sana, pero durante el parto fue intervenida por tumores y quedó parcialmente paralizada.

—Yo tenía que hacerme cargo de dos niños, una de días de nacida y otro de un año, porque la niñera trabajaba puertas afuera y tenía que hacerme cargo de todo en la casa. Las noches para mí eran horribles porque la bebé se levantaba. Cuando llegó la señora fue peor porque yo le tenía pánico. Entró en silla de ruedas, sus ojos virados, cuando la vi me dieron ganas de gritar y correr. Yo sufría cuando ella me llamaba, le tenía miedo. Yo era como la madre de esos niños, no podía salir ni los domingos.

Un día Elvira le avisó a su empleador que quería irse y él buscó a otra persona para reemplazarla, la cual llegó sin que ella supiera de antemano.

—Me despido de la señora y ella con pena me dice «Elvira, me dejas estando así». Yo le dije que el doctor ya me dijo que me fuera y ella le reclamó. Luego él fue furioso a la cocina gritando y nos pasamos de palabras. Gracias a Dios no alcanzó a pegarme porque su intención era esa. Me fui. Tiempo después me acerqué para que me diera mi liquidación y él dijo que no tenía que darme nada, que de bueno me daba seis mil sucres. Ahora equivalen a 0,25 centavos.

Me cuenta también que en otra casa la «cogieron como a hija», trabajaba ocho horas diarias y desde el primer momento tuvo roces con la dueña de casa.

—«Te cojo porque te llamas Elvira, yo tenía una Elvira que era bien honrada, me limpiaba, me templaba, etc.», fueron sus primeras palabras, pero no las más hostiles.

Al poco tiempo empezó a regañarla por su forma de cocinar el arroz y por todo aquello cuyo funcionamiento desconocía. Recuerda que un día la puso a exprimir unas naranjas cuya cantidad parecía aumentar a medida que pasaban las horas.

—Y yo era exprime, exprime, exprime, y los brazos me dolían. Imagínate —me dice —, exprimir como sesenta naranjas para llenar una jarra de dos galones. ¡Púchica!, ya la negra estaba que veía azul porque ni desayunaba. No me había dado desayuno, la mujercita.

Como era de esperarse, ese trabajo duró poco y eventualmente regresó a la casa donde trabajó de forma intermitente por diez años. Con esa familia las relaciones eran tensas e inestables, tenían roces diariamente que iban aumentando de tono y casi siempre culminaban con Elvira marchándose a Esmeraldas y la familia llamándola para que regresara. Le pedían perdón y prometían cambiar aquello que le había molestado la última vez, le aseguraban que le iban a aumentar el sueldo, le decían que nadie era tan buena como ella y que esta vez sería diferente. Entonces ella regresaba y todo seguía como si nada. «Esmeraldas la otra cuadra», dice, porque en realidad ninguna de esas veces se había ido de viaje, sino que buscaba otros trabajos, otras casas; pero todas las opciones resultaban peores que aquella de donde siempre se marchaba alegando no volver.

En una de esas casas duró apenas un día. La señora que la contrató estuvo enojada con Elvira desde el inicio porque le llamó ‘señora’ y no ‘señorita’. Se jactaba de ser controladora con las empleadas debido a que una vez vio a una de ellas robarse un chorizo, y aseguró nunca volver a confiar en ninguna. Ese día, la empleadora intimidó y se burló de Elvira en varias ocasiones y buscaba la mínima excusa para maltratarla. Cuenta que la señora almorzó lentamente y luego subió a su cuarto a hablar por teléfono, sin decirle nada más. Según Elvira «las horas antes eran más largas que las de ahora» y a las tres de la tarde bajó a la cocina y le avisó que ya tenía permitido almorzar.

—Me puso la comida y me dijo «come, y lo que no quieras lo botas porque de aquí nada te llevas, porque aquí nadie se roba nada. Toma estas dos naranjas. Tú verás si te las chupas o las

botas», y como la negra tenía hambre solamente se dedicó a comer, porque no tenía energía, pues, para contestar. Yo necesitaba mi energía solo para comer. Me puse a comer, a comer, a comer. Y como ella me dijo que lo que yo no quería, tenía que botarlo, pues, eso hice. Cuando terminé, me vestí y le dije «señora Elba», me la quedé mirando fijo a la cara. Le dije ‘señora’, no le dije ‘señorita’... como ya iba de retirada, no podía decirle ‘señorita’. Le dije «mire señora, deme mi cédula que me voy».² Ella me preguntó que por qué me iba y como yo leo la Biblia, le dije lo siguiente: «yo no me le voy a quedar callada a usted, al único al que yo me le puedo quedar callada es a Dios, porque todos somos trapos de inmundicia», entonces ella me dice «ay no, hijita. No, no, no. Ahí no más, toma tu cédula». Así que me fui y regresé a la otra casa.

Sin embargo, esas relaciones intermitentes acabaron con la llegada de una nueva: su matrimonio.

—¿A qué edad se casó? —le pregunto, rompiendo el flujo de la historia.

—Me casé a los veintiséis años. Parí (decía una profesora, «pare un animal»). Mi hija la tuve a los... no me acuerdo. Pero lo cierto es que tuve dos niñas, tuve dos hijos y de ahí me puse a estudiar el colegio; o sea, tres en uno.

Una vez que Elvira se casó dejó de trabajar por completo como empleada doméstica y se dedicó al cuidado de su propia casa o, como ella mismo lo llama, «empezó a trabajar gratis». Su esposo le prohibía trabajar por su cuenta alegando que se iba a descuidar de sus labores domésticas y maternas. Para ese entonces, la asociación, que luego se convertiría en UNTHA, ya había llegado a su vida y Elvira no iba a esperar mucho tiempo más antes de separarse.

—Actualmente estoy trabajando. Ah, pero fuera de eso también le he metido, porque yo soy una mujer de arranque, como mi amiga Mari. ¿Sí saben lo que es ‘mujer de arranque’? O sea,

² En esa época, debido a la irregularidad de las contrataciones a través de la radio, se retenían los documentos originales de identificación de las trabajadoras como forma de seguridad. Esto implicaba que a veces también eran obligadas a trabajar hasta la devolución de sus documentos.

no una mujer quedadita. Caramba, que para ustedes tiene otro significado —dice, riéndose un poco y observando nuestras reacciones.

Quiero decirle que realmente no conozco otro significado, pero me abstengo. Pienso en lo que acaba de decir y es cierto. Elvira trabajó desde que era una niña en la finca de su padrastro y este le pagaba cincuenta sucres hasta cuando estuvo casada y tuvo que hacerlo, casi a escondidas, remendando ropa o vendiendo comida. Sigue trabajando porque nunca dejó de hacerlo. Nunca hubo otra opción.

La violencia no ocurre en una sola ciudad

María Beatriz Crespo

Gina Chávez nació en Portoviejo, Manabí. Cuando tenía seis años perdió a su madre, por lo que desde muy niña empezó con los quehaceres del hogar. Seis años después también perdió a su padre y, a pesar de que tanto ella como sus hermanos contaban con el apoyo de sus tías, el dinero no les alcanzaba, así que a los 16 años se vio obligada a trabajar. Comenzó como niñera puertas adentro en su ciudad de origen y el primer recuerdo que destaca de esta casa es que su jefe en repetidas ocasiones se metió a su cama cuando todos se iban a dormir. Él no era el único que la acosaba, pues el padre de este también lo hacía. «Eran unas personas muy irrespetuosas», recuerda Gina. La esposa de su primer empleador era profesora, por lo que pasaba todo el día afuera, y a pesar de Gina la recuerda como «una muy buena persona», no vio otra opción que escapar e irse a otro trabajo donde no solo haría de niñera, sino que también desempeñó funciones en labores domésticas diversas.

En este segundo trabajo se repitió el acoso por parte de su empleador. Gina contaba de 18 años y tenía un enamorado, pero su jefe (esposo y padre de familia) la celaba. «Los domingos —comenta Gina— yo me iba a mi casa pero él no me dejaba ir, era bravo». Una vez más, Gina tuvo que escapar. Acababa de cumplir la mayoría de edad y, sin embargo, ya había tenido dos



experiencias de abuso psicológico y sexual en su trabajo, que se sumaban a aquellas que venía dejando atrás de su propio hogar.

Entonces Gina aprovechó que una de sus primas le ofreció un trabajo como cajera en una picantería y viajó a Guayaquil. «Picantería, ¡yo, bien creída!», recuerda. Efectivamente, trabajó como cajera, pero no en una picantería sino en una barra y ya que Gina no tenía papeles, cuando hacían barridas, su jefe la escondía. Sin embargo, tuvo que dejar este trabajo porque sus primos no estuvieron de acuerdo en que ella trabajara en una barra y la fueron a sacar de ahí.

Luego consiguió su primer trabajo en Guayaquil como empleada doméstica y fue en ese momento que Gina se dio cuenta de que planchar era su debilidad. «Planchaba, pero no planchaba bien porque no me gustaba. Entonces la señora cogió y me botó del trabajo. Así he estado, trabajando así». Después trabajó en casa de una pareja, una señora chilena y su esposo, quien «era un diablo, era demasiado mal genio», un abogado «demasiado insoportable». Pero el mal genio pronto se convirtió en abuso físico: la golpeaba. También le pagaba cuando le daba la gana, por lo que Gina más de una vez tuvo que exigirle que le diera lo que le correspondía de su salario.

Esta fue la primera vez que Gina trabajó puertas afuera y en ese entonces no contaba con un lugar fijo al que llegar por lo que su primera noche tuvo que dormir en un parque. Al día siguiente habló de ese asunto con su jefa, pero esta le dijo que no podía dormir ahí. «Ella tenía un cuarto para la empleada, pero me dijo “no, no puedes dormir aquí porque mi marido es fregado”». La negativa de su jefa sembró gran curiosidad en Gina, ya que en esa época lo común era contratar a empleadas domésticas puertas adentro.

Vivió con su prima por un tiempo, pero se vio en la necesidad de conseguir su propio departamento poco antes de que tuviera a su primera hija, a los 24 años. El padre de la niña era un guayaquileño que le había prometido muchas cosas, pero lejos de brindar el apoyo que Gina necesitaba, resultó ser un hombre «muy malo». Quiso obligarla a practicarse un aborto, al que Gina se negó. «Yo era flaquita. Yo me moría en la casa». La violencia a la que sistemáticamente

la habían sometido sus empleadores ahora ocurría también en su vida personal, porque vivía con un potencial femicida, y la historia con él no dejaba de empeorar. Su pareja no la dejaba salir de casa a hacer otra cosa que trabajar. Él la llevaba, la dejaba y luego la iba a recoger. Gina cuenta que él era un desempleado, pero «tenía muchas mujeres. Sí, fue lo peor que yo viví con él». Toda la violencia que él ejercía era causada por celos. La alejó de cualquier contacto humano y le prohibió incluso asomarse por la ventana.

Al cuarto mes de embarazo logró escapar. Una amiga la recibió y al verla le dijo: «Gina, tú no vuelves a vivir con ese hombre, tú te quedas aquí». Así fue. Gina comenzó a trabajar sin sueldo en casa de su amiga a cambio de posada y comida. Tiempo después la historia de su primera pareja se repitió. La violencia física era tal que llegaron al punto de tener enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Gina logró salir a tiempo de esa relación y, a pesar de que él le pedía que regresara, ella no lo hizo.

Luego de esta separación trabajó con una señora que abusaba física, psicológica y laboralmente de ella. Le pagaba \$ 120 mensualmente, pero le exigía muchísimo. «Yo no tenía vida. Ya los domingos ella se iba a mi casa para que yo cocine y ella comiera en mi casa. Así era ella. Era una mujer insoportable, una mujer de doble personalidad», recuerda. Pese a los tratos, Gina trabajó para ella cinco años, únicamente porque su empleadora tenía una hija a la que también maltrataba psicológica y físicamente. Cuando finalmente decidió irse habló con la hija de su empleadora, quien en ese entonces tenía ocho años. «Yo le dije “mamita, tú ya tienes 8 añitos, tú te puedes defender de tu mamá, ya tú puedes contestarle. Yo sé que es malo contestarles a los padres, pero si usted se ve que cuando su madre le está pegando, tiene que ponerse fuerte y hablarle, y contarle a su papá, contarles a sus abuelitos lo que su mamá le hace”, le dije, “yo ya no puedo estar aquí, no puedo aguantarle a tu mamá tantas cosas que me hace”». Su empleadora había manipulado a Gina con ‘regalos’ para evitar que se fuera, y estos fueron pedidos de vuelta en cuanto decidió definitivamente que iba a renunciar. «Ella fue a mi casa a quitarme todo lo que me había dado. Yo le entregué todo», dice Gina, «hasta una refri que me había sacado a su nombre, pero yo ya la estaba pagando. Ahí está todo enfundado», comenta.

Después de esa experiencia encontró otro trabajo, uno mucho más estable, y en el que actualmente ejerce. Dice que lleva con esa familia unos 18 años. Comenta: «yo siempre supe que el sindicato existía, pero no iba a las reuniones, yo no estaba». El sindicato le ha dado varias opciones de protección, Gina sintió que finalmente había encontrado un grupo empoderador de mujeres que necesitaban lo mismo que ella: dignidad y seguridad en su trabajo. Poco a poco, Gina se ha dado cuenta de las actitudes de sus empleadores hacia ella. «No creo que es normal que alguien nos haga llorar en el trabajo», reconoce. Tanto los lazos afectivos hacia sus empleadores, como la violencia y manipulación a la que la han sometido, han sido los causantes de que en más de una ocasión ella se pregunte por qué. Gina considera que entregó su vida a todas las familias con las que ha trabajado. «Yo he dejado de pasar con mis hijos y eso me duele más, que no sean agradecidos», comenta.

La promesa de otra ciudad

Analy de la Vera

En nuestra primera sesión de entrevistas, Joyner —mi compañero de clases— y yo hablamos con Maricruz, una de las integrantes más antiguas de la Unión de Mujeres Trabajadoras del Hogar y Afines, antes conocido como Asociación de Trabajadoras Remuneradas del Hogar. Desde la primera vez que la vi supe que era una mujer decidida. Mostró mucho interés en que hiciéramos este libro ya que, para ella, el sindicato es muy importante en su vida. Gracias a él ha podido ayudar a otras mujeres, pero también a sí misma.

Ese día llegamos a la Isla Trinitaria con la sola idea de que íbamos a hablar con Maricruz sobre el sindicato y cómo ella se vinculó en este proceso, pero antes pude conocerla y tuve una leve idea de lo que ella había pasado para llegar a ser quién era ahora. Iniciamos la sesión dando las indicaciones y luego nos movimos a otro espacio para poder conversar mejor. Ella esperó a que la grabadora estuviera encendida y desde una esquina del salón de computación de la Escuela Román Castro Carranza, me contó su historia:

—Me llamo María Cruz Sánchez Corozo. A los 19 años vine a Guayaquil para seguir estudiando. Venía a estudiar el cuarto curso, o como le dicen ahora, el bachillerato, porque en mi pueblo solo podíamos estudiar hasta tercero. Así era cuando comenzaron a llegar los colegios al campo, solamente estaban hechos hasta el tercer curso y de allí, si la gente quería seguir estudiando, tenía que salir a



las ciudades grandes. Mi papá siempre tuvo la idea de que el estudio es el que le hace cambiar a la persona y le da oportunidades. Entonces él, motivado por eso, compró una casita aquí para mi tía, mi hermana y mi abuela. Ellas ya vivían acá cuando él decidió que nosotras también debíamos venir a Guayaquil a vivir en esa casa y seguir nuestros estudios hasta llegar a ser bachilleres. Aquí también vivían mis tías maternas, ellas habían venido del campo y habían trabajado con familias enteras. Como mi papá no tenía dinero para mantener a una persona que vivía en otra ciudad, me vi en la necesidad de buscar formas para también ganarme la vida y pagar mis estudios. Entonces me tocó trabajar. Mi tía me recomendó donde una de las 'niñas' para las que ella trabajaba. En realidad, son mujeres adultas, pero se les dice así porque son hijas de papá y mamá.

»Trabajé con una familia que era considerada conmigo porque ya conocían a mi tía, así que no tuve maltrato ahí. Pero en ese tiempo nadie hablaba de la seguridad social, así que eso no se pagaba. Trabajé ahí mientras estudiaba. Antes de terminar el bachillerato me hice de compromiso y me separé del trabajo, que en esa época era puertas adentro. Me fui con mi esposo y traté de estudiar, pero me quedé de año. Perdí el último año porque estaba embarazada y lo vine a retomar ahora en el 2015. Yo me gradué en el 2015. Me convertí en bachiller de la república en el 2015.

»Cuando entré a la organización le fui exigiendo a mi empleador que respete mis derechos. Me separé de este trabajo porque me tocaba dejar a mis hijos solos. A las 7 o 7.30 tenía que llegar al trabajo. Al principio llevaba a mi hija, pero me embaracé de nuevo y tuve que ir dejándolos solos en casa. Eso me daba mucha tristeza, era como una preocupación terrible. Antes no había teléfono y una vivía en zozobra, me preguntaba todo el tiempo qué estaba pasando, cómo estaría mi hija. Cuando mi hija cumplió cuatro años tenía que llevarla a la escuela. Tampoco había muchas escuelas aquí en la Trinitaria y la que había quedaba del otro lado. Ella salía a la una de la tarde y tenía que llegar hasta la calle principal, ahí esperar a que alguien la cruce hacia el otro lado, donde vivíamos. Imagínese, una madre en su trabajo y sus hijos solos, cruzando toda esa distancia hasta que por fin llegaban. Las casas eran de caña en la Trinitaria y yo les dejaba lista la comida, pero ellos se la tenían que comer fría porque me daba miedo que enciendan fuego y quemaran la casa o tuvieran algún problema mayor.

»Como yo era conocida por mi tía, mi empleadora quería que yo siguiera con ella, por la consideración y porque ya sabía cómo trabajaba. Yo no tuve problemas por trabajar embarazada, pero otras compañeras sí tuvieron dificultades y no solamente en el trabajo de casa, sino en las oficinas también. Antes les prohibían embarazarse y si llegaba a pasar, a algunas incluso las retiraban del trabajo. Mi empleadora me permitía incluso que lleve a mi niña, pero ya dos era mucho. Y era difícil conseguir un transporte para llegar puntual. Todo era difícil. Estamos en tiempos modernos. Aunque hay más población, también hay más formas para llegar temprano al trabajo.

»Como mis hermanas en Esmeraldas fueron creciendo, se veían también en la necesidad de estudiar y vinieron a Guayaquil. Yo entonces ya tenía mi casa así que se quedaban conmigo y me ayudaban cuidando a mis niños. Fue un alivio para mí tener a mis hermanas en casa. El problema era que no podía mantenerlas tampoco, así que comenzaron a trabajar y terminé quedándome de nuevo casi sola. Ahí fue que busqué trabajo por horas.

»En el 2010 estuve trabajando en una casa las ocho horas y después me conseguí un trabajo por hora para poder cuidar a mis hijos. Luego tuve que ponerme negocitos que me ayudaban a pagar la educación de mis hijos y podía pasar más tiempo con ellos. Ya no peligraban porque tenían más cuidados por parte de mamá. Actualmente tengo cinco hijos. Limpiaba casas los sábados y entre semana, cuando ellos iban a la escuela, me quedaba en casa pero vendía lo que sea. Vendía tortillas, verde, mango, hacía bolones. Todo eso me ayudaba para tener para la comida y para llevarlos a la escuela.

Al notar la ausencia de su pareja durante el relato, le pregunté por él.

—Mi pareja era maestro albañil, él se iba a su trabajo. Usted sabe que el hombre llega a la casa, cansa y al otro día vuelve a irse, así que no se preocupa tanto por la relación de la familia. La que se encarga de relacionarse con la familia, de la casa y ver que los niños hagan los deberes somos las Zoilas: soy la profesora, soy la madre, soy la que lavo, soy la que plancho. El hombre en esta cultura machista participa poco. Las mujeres nos hacemos casi cargo de todo.

Complejizar la maternidad

María Beatriz Crespo

Josselin Mero es una de las más recientes integrantes del sindicato, tiene 20 años y no se deja intimidar por la grabadora que Ana pone frente a ella. Al presentarse, Josselin menciona la admiración y el agradecimiento que siente hacia sus tías, quienes forman parte del sindicato hace algún tiempo y a través de las cuales pudo conseguir trabajo como empleada doméstica. Llegó hace un año de Cupa, Esmeraldas, con su hija de 5 años, y desde entonces ha asistido a algunos talleres desde que empezó a trabajar, hace 6 meses, como niñera a medio tiempo de dos niños.

Josselin cuenta que lo que más le ha impactado en su poco tiempo trabajando es que prácticamente ha reemplazando la figura materna de los niños, uno de 5 y el otro de 11 años, una línea muy delgada en el caso de las niñeras. «Mi patrona es una señora que, a veces me doy cuenta, quiere que yo ocupe el papel de ella, los chicos me demuestran eso. Ellos llegan de la escuela y me dicen “Josselin, pasó esto, pasó lo de acá”». Al ver la convivencia entre su empleadora y sus hijos, Josselin se dio cuenta de que a veces ella ejerce violencia psicológica al amenazarlos, diciéndoles «te comes todo, si no te comes todo no hacemos esto», lo que ha provocado que, poco a poco, desaparezca la confianza de los niños hacia ella y que, en cambio, sí sienten con Josselin ya que, cuando los niños llegan de la escuela, ella les prestaba atención. Josselin comenta que los niños la interrumpían durante su trabajo para preguntarle cómo está o qué está haciendo. «Ellos juegan conmigo», dice.



La historia que Josselin cuenta me recuerda a la de una amiga cercana: cuando era niña, en uno de sus cumpleaños, le habían dado varios regalos. Al abrirlos encontró uno tan increíble que a la primera persona que se lo quiso enseñar fue a su niñera, y su mamá quedó muy dolida y marcada por este gesto inocente que tuvo, pero real.

Josselin llegó a concluir que a veces tenía más paciencia con ellos que con su propia hija de 5 años, quizás porque sabía que si no lograba que los niños comieran toda la comida, ella también iba a estar en problemas. «Entonces, les tengo que dar la comida en la boca. Yo tengo que tener paciencia», explica, mientras la voz se le va desvaneciendo. Ella recuerda una ocasión en la que su empleadora y los niños pasaron juntos, «no hubo esa conversación que me hacían a mí. Los niños cambian cuando están con su mamá».

A pesar de que trabaja desde los quince años, edad en la que tuvo a su hija, esta es su primera vez siendo niñera. Esta experiencia la ha llevado a la conclusión de que se necesitan talleres para los empleadores «para que traten bien a las empleadas, como si fuéramos alguien más en su vida. Nosotros a veces ocupamos el papel que ellos no pueden ocupar», reflexiona seriamente.

Considera que es una mujer resolutiva, por lo que trabajo nunca le faltó. «Yo soy una mujer que, si hay algo que vender, lo vendo. Yo vengo del campo, donde se cosechan miles de cosas. Todo eso yo veía con mis abuelitas que siempre me decían: “Josselin, toma, anda, vende eso”, y eso me ayudó como madre soltera a hacer miles de cosas». Lo que también conocemos como *multitasking*, Josselin lo tiene masterizado. Ella planea retomar y finalizar sus estudios secundarios y luego entrar a la universidad para convertirse en psicóloga. Este plan pretende llevarlo a cabo cuando la etapa de transición de mudarse haya concluido; mientras, continuará como trabajadora del hogar y madre soltera.

Josselin me cuenta sobre los talleres organizados por el sindicato en los que ha podido participar, y también me dice que ha pasado poco tiempo con las otras trabajadoras mayores,

pero, por sus historias y experiencias, está segura de que no va a permitir que se violen sus derechos. «Lo que he aprendido es que tengo que respetar mis derechos como trabajadora, hacerlos respetar, si no, ¿quién me va a ayudar?». Josselin forma parte de una nueva generación de trabajadoras domésticas, eso es algo que se nota. «Es muy distinto a lo que cuentan las señoras; veo que sí es bueno».

CAPÍTULO III

Todas
las victorias
que podemos
recordar

¡Viva la santa y viva la UNTHA!

María Beatriz Crespo

Nos reunimos una tarde de julio en casa de Lenny Quiroz —secretaria de la asociación— por motivo de su cumpleaños. Pero antes de cantarle *Cumpleaños feliz*, algunas de las integrantes de UNTHA nos contaron un poco más del sindicato, ya que la lucha sindical también implica momentos festivos como el aniversario de la UNTHA, los cumpleaños de las compañeras y las conmemoraciones del trabajador, de la mujer y de la madre. Aprovechan estas reuniones para encontrarse en casa de alguna compañera y ponerse al día. Primero nos hablan de uno de los eventos más importantes, *El chocolate obrero*, que usualmente ocurre cerca de navidad. Ahí hacen una olla con mucho chocolate que acompañan con sánduches, invitan a todo el barrio y, por medio de un micrófono, les recuerdan los derechos que tienen las trabajadoras del hogar. Lo hacen gritando para asegurarse de que, las compañeras que aún no las conocen, las escuchen.

«Hacemos un viva por la organización. ¡Viva el sindicato de las trabajadoras!», grita Maricruz Sánchez. «¡VIVA LA UNTHA!», responden sus compañeras. «Así, más o menos», retoma Maricruz, «y ahí nos tomamos el chocolate, las mujeres se interesan también por la organización y esperamos que se afilien a UNTHA».

Lenny toma la palabra y agrega: «una compañera pone la leche, otra pone azúcar y la otra pone la olla y los vasos. Algunas veces hacemos comidita y otras veces chocolate con pan».



«No ha llegado el pavo, eso sí», dice Maricruz riéndose y luego continúa, «los cumpleaños ahora siempre los vamos a hacer, hoy el de Lenny, con esta tortita». También cuenta que, al margen del sindicato, mantienen su amistad por redes sociales como Facebook y WhatsApp, por medio de las cuales se felicitan en sus cumpleaños cuando no pueden encontrarse físicamente.

Antes, el sindicato disponía de una oficina en Padre Solano y avenida del Ejército, centro de Guayaquil, lo cual facilitaba las reuniones porque contaban con un lugar al que acudir, ya fuera para buscar ayuda o simplemente para verse un momento. «Todas las compañeras venían de trabajar y aunque sea pasaban unos 15 minutos saludando», comenta Lenny. Pero ahora las casas se han convertido en oficinas, aunque esperan volver a contar con un espacio propio y no depender de las viviendas de las compañeras. Actualmente la oficina es en la casa de Lenny, dice Maricruz, «pero vamos rotando; vamos al Cristo del Consuelo, vamos a la Juan Montalvo, aquí a la Trinitaria, en mi casa. Donde la compañera preste la casa, ahí hacemos la reunión». Lenny agrega, «así sea que tomemos un vaso de agua, pero aunque sea agua nos estamos brindando. El objetivo de las reuniones es estar juntas, pasar un momento ameno, así sea unas tres horas», y es que buscan ser copartícipes, no solo del dolor, sino también del baile y la diversión. «Es difícil estar todas, pero hay veces que estamos bastantes, cerca de cuarenta compañeras», dice Maricruz. Cada vez se suman más mujeres a la UNTHA, lo que dificulta que todas puedan coincidir, ya que algunas trabajan hasta los fines de semana y otras llegan entre seis o siete de la noche a sus casas.

La ocasión que más las une es el aniversario del sindicato, el 10 de diciembre. Cuenta Lenny que «ahí hemos estado bastantes y nos da alegría reencontrarnos con compañeras antiguas que a veces las perdemos de vista dos o tres años. Para nosotras el 1 de mayo es otro reencuentro; a veces nos logramos ver con compañeras que no están desfilando pero que están en otros grupos».

Otro evento que las une es la marcha del 8M. Para esta se dividen en dos grupos, de manera que algunas compañeras puedan representar al sindicato en Quito. Siendo este día la conmemoración de los derechos de las mujeres, UNTHA marcha junto a la comunidad LGBTIQ y el CEPAM (Centro Ecuatoriano para la Promoción y Acción de la Mujer), quienes también defienden los de-

rechos de las mujeres y dan capacitaciones acerca de procesos judiciales. «Nos reunimos todas las organizaciones y acordamos para hacer las pancartas, las consignas. El sitio donde vamos a las reuniones casi siempre es en el parque San Francisco. Y el 8 de marzo todas las mujeres nos encontramos, llevamos tambores, carteles, consignas, megáfonos y hacemos ese reclamo ahí. También nos felicitamos como mujeres en este proceso y recordamos a las mujeres que murieron en Nueva York», cuenta Maricruz con emoción.

Estos eventos permiten que las miembros de UNTHA se reconozcan en otras luchas, aprendiendo sus formas de empoderamiento, integrándose en un solo cuerpo feminista de muchas organizaciones autogestionadas que, al igual que ellas, defienden y exigen respeto a su integridad. Lenny insiste en la importancia de que las nuevas generaciones conozcan estas organizaciones y participen en ellas. «En el último 8M fueron algunas chicas de la Universidad Católica y de otros grupos también han ido bastantes jóvenes. Ustedes están ahora invitadas para la próxima», añade Maricruz dirigiéndose a Noelia, Analy y a mí.

La presencia en las marchas ha aumentado con los años, aunque aseguran que en ocasiones puede menguar. «El 1 de mayo no éramos muchos, pero hicimos. Esta vez me gustó. Ya no éramos nadie en la calle y los carros ya no se cerraban, fuimos últimas de las últimas de las últimas por esperar a otro sindicato, de Santa Elena, ¿no? Llegaron, pero sin zapatos, vestidos de indios, pero bien bonito. Éramos pocas pero hicimos voz. Creo que éramos como cincuenta nomás. Cerramos la calle... ¡nosotras cerramos calle! Justo en la Colón. Después vino la policía y la comisión de tránsito también cerró. Vimos que hicimos fuerza. De ahí unos gremios se nos fueron juntando en la 9 de Octubre y nos hicimos un grupo. Yo no pensaba. Estuvimos ahí desfilando y me gustó».

Asisten anualmente a congresos tanto nacionales como internacionales. «Esos también son eventos de contar, nosotros ya le dijimos que somos una organización a nivel nacional», nos recuerda Maricruz. «En los congresos internacionales nos reunimos con las compañeras de Bolivia, Perú, Colombia, Brasil y, aparte de capacitarnos, hablamos de los temas de cada

país, la problemática, los avances sobre el convenio y todas esas cosas. En la noche hacemos un encuentro en el que cada país pone una música o baile de su pueblo. Ahí es bien animoso porque nos relajamos un poco del cansancio del día. Un día bailamos las compañeras guayaquileñas; las peruanas cantan canciones —ellas siempre están cantando canciones de lucha— y así, cada país va poniendo parte de su cultura. Ese es un evento bien bonito».

Estos encuentros motivan el crecimiento continuo de las organizaciones por medio de las experiencias que comparten con sus compañeras latinoamericanas. «Te alimentas de la proyección de otros países y te das cuenta de que no somos las únicas luchando por nuestros derechos, porque te humillan mucho si no sabes tus derechos», añade Ligia Salguero, una de las integrantes más antiguas. «Para nosotras es un orgullo que, siendo tan jóvenes, podamos hacer una mesa en el sindicato donde esté también el Ministerio del Trabajo, el Consejo de Igualdad, un representante del IESS, y otras autoridades. Eso para nosotros es un logro que hemos alcanzado en seis meses», dice Lenny.

Reconocerse

Noelia Mantilla

Una de las primeras cosas que recibió Jimena cuando entró a la organización fue terapia psicológica. Su sueño siempre había sido convertirse en psicóloga o trabajadora social, pero no tuvo tanta suerte. Empezó a ir porque necesitaba entender por qué odiaba tanto las navidades y por qué sentía tanta culpa por cosas que otros le habían hecho a ella.

—Ya hablo, por lo menos; ya sé lo que me afecta, sé por qué me afecta y sé cuándo me va a afectar. Eso lo aprendí ahí. Si no hubiera habido ese espacio no sé qué hubiera sido de mí. Cuando llegué a la Fundación María Guare recuerdo que hablaban de muchas cosas, pero yo no participaba. En eso, Trinidad Coloma, que fue muy humana, se me fue acercando y me preguntaba por qué yo era así, pero nunca le decía nada porque yo no sabía que tenía que decirlo. Entonces, ella fue metiendo la idea de que teníamos que crear un sindicato para las personas que trabajábamos en el hogar porque adentro de las casas pasaban muchas cosas que nosotros no sabíamos y que no respetaban nuestros derechos.

Efectivamente, lo que predomina entre las víctimas es el silencio, lo que hace que la violencia quede impune y las trabajadoras aguanten todo tipo de abusos. No sabían que la justicia era una opción. Mientras tanto, Jimena dejó el trabajo porque tenía sobrecarga horaria y no le daban permiso para salir. No era la primera vez que se pretendía que Jimena estuviera las 24 horas a disposición de sus empleadores.



—La mujer que soy ahora es gracias a la organización, a la Asociación de Mujeres Trabajadoras Remuneradas del Hogar que nace de la idea y del sufrimiento de muchas trabajadoras que en ese tiempo nos reuníamos para formar el gremio, el primero que formamos. Eran muchas mujeres que contaban su experiencia con mucho dolor, con mucho llanto y con mucha tristeza ante la forma en que nos trataban. Nos fuimos dando cuenta mediante capacitaciones, porque nos decían que nosotras teníamos derechos y que la única forma de que se nos escuchara era en grupo, porque solas nadie nos iba a escuchar. Íbamos a capacitaciones todos los domingos en derechos laborales, en autoestima y en relaciones humanas. Era un grupo de casi cien mujeres.

Ahondar en aspectos tan básicos de convivencia humana hizo que Jimena se diera cuenta de todo aquello que se le había arrebatado durante años. Su tiempo se había dividido, siempre había estado negociado de forma inequitativa y sus empleadores se habían llevado la mayor parte. Las navidades y fines de año eran sorteadas y así ella podía pasar una de dos con su familia, pero con la condición de que la restante acudiera al trabajo. La mayoría del tiempo que tenía para ella se le iba viajando entre el lugar de trabajo y donde iba a pasar las festividades. Al compartir esas experiencias supo que la vida se le había ido trabajando.

—Nosotras negociábamos para poder ir: «bueno, yo paso navidad metida aquí con ustedes», pero claro, ellos allá y nosotras acá. O sea, para mí las navidades eran lo más horrible y yo no quería que exista la navidad por eso, porque nosotros no teníamos familia en ese tiempo. Nosotros éramos acá, y todo el mundo se divertía con su “feliz navidad”, mientras que nosotros acá, solos. Peor si es que no había más compañeras, uno solita. Ahora es diferente, ya me di cuenta que no era contra la navidad sino la forma en la que te tratan, la forma en que te hacen sentir en ese momento.

Lo que más hace Jimena actualmente es reflexionar, no solo acerca de los abusos que sufrieron ella y sus compañeras sino también sobre las condiciones socioeconómicas que propician esas injusticias. Sostiene que la principal razón por la que las niñas y jóvenes migran del campo

a la ciudad para trabajar en el hogar tiene que ver con el hecho de que sus obligaciones domésticas son mucho más fuertes y demandantes desde temprana edad. Están acostumbradas a hacerse cargo de las casas, de las personas que ahí viven y, a veces, mucho más.

—Llega un momento en el que ya no tienes las mismas fuerzas porque el trabajo remunerado del hogar es un trabajo de fuerza, es un trabajo que siempre tienes que andar ahí, jalar, subir... siempre estar activa. Pero llega una edad en que ya no podemos, no tenemos la misma agilidad, no tenemos la misma fuerza física porque no nos cuidamos dentro del trabajo. Por ejemplo, yo en esta mano no tengo fuerza. Puedo coger de una mano, pero de esta no. ¿Por qué? Porque estamos cocinando, estamos lavando, estamos con cosas calientes, estamos con cosas frías. O estamos planchando y nos salimos afuera, entonces llega un momento en que el cuerpo ya comienza a sufrir las consecuencias de no cuidarse cuando ha sido joven.

Por ello, la organización se enfoca en ofrecer asesoría a otras compañeras y una de las exigencias que se están implementando es la de estar aseguradas, como cualquier otro empleado ecuatoriano. La información no se limita a las capacitaciones internas. Cuando empezaron tenían un programa de radio llamado “Algo más que trabajadoras del hogar”, en el que atendían llamadas de trabajadoras cuyos derechos estaban siendo vulnerados y atendían los casos con abogado en mano. Jimena, al ser socia fundadora, recuerda todo esto y lo difícil que fue mantener a la organización unida después de que Trinidad Coloma falleciera, casi al año de haber empezado. Por fortuna, los cimientos ya eran fuertes y es así como actualmente se siguen organizando para obtener reformas en el código laboral y que su oficio se profesionalice.

—El trabajo remunerado se debe profesionalizar porque todas las personas deberíamos prepararnos si lo queremos hacer y tenemos la oportunidad de hacerlo, porque eso no solo le va a servir para explotarlo afuera, sino con tu familia, con los hijos. Y nosotros debemos ser un ejemplo en la familia de nosotros, de nuestros hijos, porque ellos lo primero que dicen es «si tú no has estudiado, ¿por qué me obligas a estudiar?». Entonces, uno debe de prepararse por uno mismo y para poder ayudarle a su familia.

Esto nos lo cuenta Jimena, muy segura. Y es que esta postura también implica cierto empoderamiento del trabajo del hogar, un trabajo del que antes Jimena se avergonzaba hasta el punto de no querer utilizar uniforme. El hecho de que su empleadora la mandara a comprar algo usándolo le suponía una tortura. Ahora, que conoce el origen de tales miedos, asegura que todo se debe a la estigmatización alrededor de dicha profesión y los abusos de poder que tuvieron lugar debido a ello. Por ahora las metas son llegar a más personas a nivel nacional, que la información no solo se concentre en Guayaquil, donde, si bien hay miles de trabajadoras del hogar, sigue siendo la ciudad grande a la que migran muchas niñas y jóvenes sin saber cómo proceder.

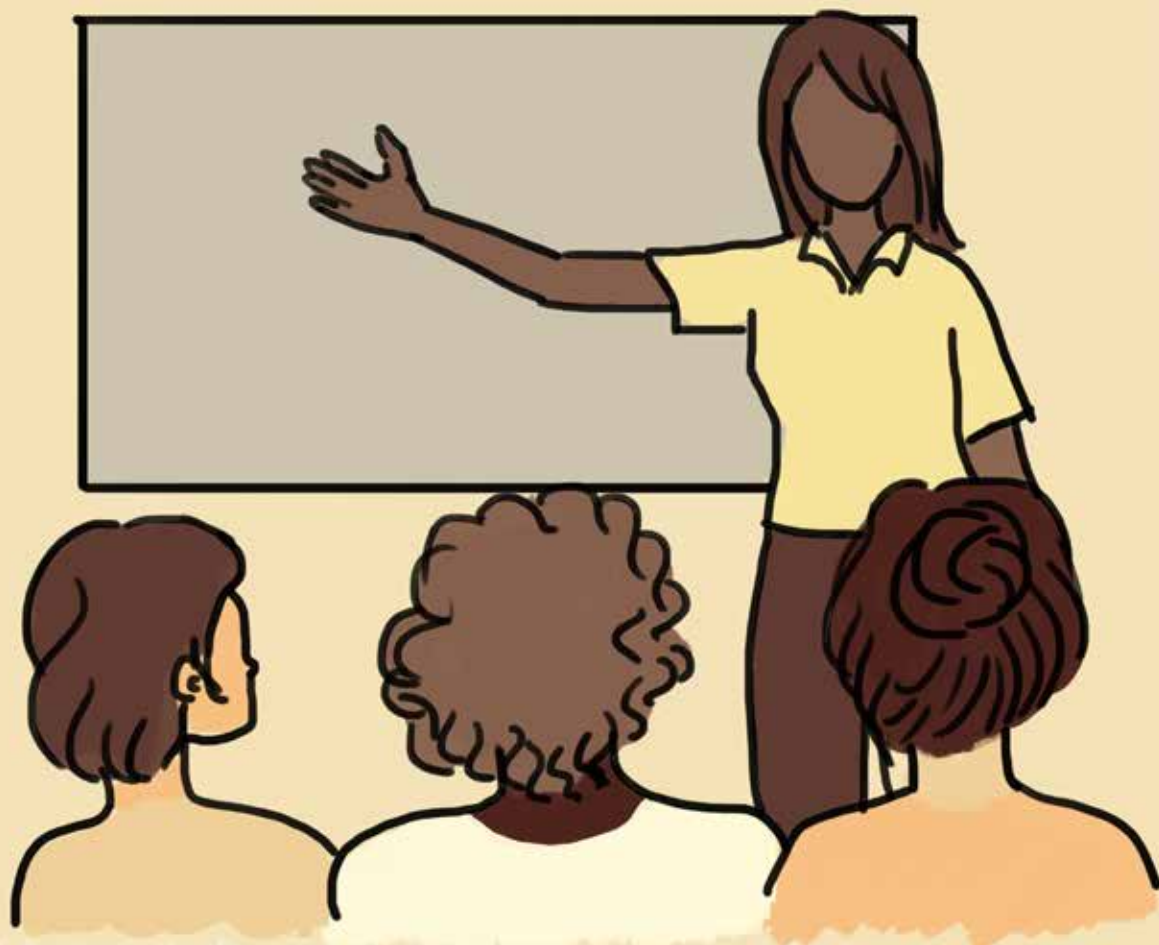
—Lo que nosotras queremos es que las trabajadoras remuneradas del hogar ya no nos sintamos y no nos hagan sentir como ellos quieren hacernos sentir, sino que seamos nosotras mismas. Y sí, tenemos derechos, pero también tenemos responsabilidades. Eso lo tenemos que tener superclaro. No porque yo tengo derechos dejo de lado mis responsabilidades. Si yo tengo derecho a ganar un sueldo o a cumplir un horario, también tengo la obligación de llegar puntual, de hacer mi trabajo. Si yo estoy cumpliendo, si yo llego a las ocho, a las cinco de la tarde tengo que salir porque son las ocho horas, pues me tiene que dejar salir, no me tiene que decir nada. Nosotras las trabajadoras tenemos derechos, pero también tenemos responsabilidades en nuestros trabajos. Eso que quede superclaro —dice finalmente, y no hacen falta más palabras. El mensaje se sostiene por sí mismo y esa es la mejor parte. La realidad a la que se enfrenta lo amerita.

Alguien nuevo toma la batuta

Analy de la Vera

La organización nace en 1998. Yo la conozco cuatro años después, en el 2002, por medio de una señora del INNFA (Instituto del Niño y la Familia) que daba terapia a niñas chiquitas en un CDH (Comité por la defensa de los Derechos Humanos) de este sector, y empezó a hablar sobre el tema de las trabajadoras del hogar. Aunque vivía en la misma zona, yo no sabía que existía la organización, ni tampoco la señora lo había difundido. Nos conocimos un poco y entonces me habló sobre la organización. Por mis hijas yo iba a capacitarme al CDH, y ahí comencé a ser madre cogestora del INNFA. Empecé a formar parte de esos grupos.

Luego me dijeron: «señora Lenny, vaya a una reunión de las trabajadoras domésticas». ¡Me gustó tanto! Me identifiqué porque yo hacía ese trabajo, lo venía haciendo desde hace muchos años. Allí recién conocí esta organización. Habían luchado por crearla, pero estaba bien debilitada porque quien había tenido la idea, la socióloga Trinidad Coloma, ya había muerto. Desde que ella muere, la organización se empezó a venir abajo; después de tener 300 socias, estas se dispersan.



La señora que mencioné, que trabajaba en el INNFA, quería volver a levantar la organización. Con ella comenzamos a buscar nuevamente a las socias que no estaban, porque eso lo habían creado en la Fundación María Guare y este no era un tema netamente de ellos, ya que, como se sabe, María Guare defiende el derecho intrafamiliar (donde hay abogadas, psicólogas). Luego vino Aida Moreno, una chilena que dijo que en el Ecuador debía haber una organización por los derechos de las mujeres trabajadoras del hogar. La organización en Chile ya tenía unos 96 años, por lo que ellas estaban impulsando para que se dé en otros países. En Perú también hay una organización para las trabajadoras del hogar y esa también es muy antigua.

A mí siempre me ha gustado la organización, aunque lo hacía empíricamente porque no sabía cómo. Yo siempre he estado organizándome en el barrio, me gustaba organizarme con ellos. No lo hacíamos con presidentes ni nada de eso, pero nos organizábamos para buscar mejoras para el barrio. Es decir, ya tenía esa motivación. También porque mi mamá, aunque era de campo, manejaba las cooperativas. Yo tenía doce años y veía cómo ellos peleaban por la tierra. A esa edad yo venía a los desfiles del 1 de Mayo y, aunque eran bien violentos, a mí me gustaba estar ahí. Salíamos con mi mami a la carrera y pasábamos en las canoas de Durán a Guayaquil. Con mi mami corría porque la bala zumbaba, también el machete. En esos tiempos, el 1 de Mayo era duro. Todo esto hace aproximadamente 42 años.

Cuando me hablaron de luchar por los derechos sí inicié, pero con un poco de miedo, porque las leyes eran un tema muy nuevo para mí. La señora que en ese tiempo estaba de presidenta me dijo que lo haga, que sea presidenta de la organización de las trabajadoras del hogar. Yo le dije «¿cómo voy a asumir si recién estoy aprendiendo?!» y ella me dijo «Yo le enseño. Se ve que usted tiene interés y yo quiero que usted se quede con el cargo». Yo digo siempre que Dios te pone en un espacio para servir o para aprender. Ella ya se iba, tenía un pasaje pagado para España; en aquella época era la fiebre de la gente de irse a España. La que debió ser elegida como presidenta era ella, no yo, porque ella estaba desde el comienzo, era fundadora y tenía experiencia. Yo era nueva, no tenía mucha experiencia. Nadie quería asumir el rol de esa cartera porque no había dinero. La organización no tenía proyectos, no tenía nada. Debíamos

empezar otra vez. Ellas habían tenido unas capacitaciones de comunicación, pero no tenía conocimiento de cómo manejar un proyecto.

Comencé a trabajar con ella. No voy a desmerecer las cosas que hizo. Trabajábamos bastante, hasta las once de la noche, y yo llegaba a mi casa a las doce. Este lugar [Isla Trinitaria] no era así como lo ve ahorita, era bastante peligroso. Nos quedábamos hasta esa hora porque a veces había compañeras que llegaban a las ocho de la noche a su casa. Nos reuníamos de ocho a nueve o a las diez de la noche en casa de una amiga, una de las socias. Así comenzamos otra vez a crecer. Nos íbamos a Malvinas, aquí mismo en Isla Trinitaria, al Guasmo; comenzamos a recuperarlas en todas partes. Pero aquí, en la Isla Trinitaria, en esta cooperativa, la Nelson Mandela, crecimos más porque comencé a conocer e interesarme por mis vecinos y por los trabajos que hacían. A veces una está tan ocupada con los hijos que no sabe qué hace la gente a su alrededor. Comencé a conversar con gente que hacía el mismo trabajo que yo, porque en mi cuadra la mayoría de las señoras también lo hacían. Solo en la Nelson Mandela éramos unas treinta mujeres. Crecimos rápido. Además, yo siempre he sido un poco amiguera. Empecé a preguntar en qué consistía su trabajo y así supe que unas cocinaban y otras cuidaban niños. Y por eso llegaban a sus casas a las 5 de la tarde. Nos reuníamos por lo regular sábados o domingos. Era bonito porque, aunque no teníamos recursos, la gente comenzaba a motivarse: la una llevaba una cosa, la otra llevaba otra cosa, entonces eran muy bonitas las reuniones. Este grupo logró permanecer.

En las reuniones comenzamos a hacernos amigas. La señora Machi tenía amistades en el INNFA y traía a personas para que nos capacitaran. En las reuniones se hablaba de los procedimientos parlamentarios. No sabíamos qué era un procedimiento. Tuvimos que aprender a manejar el Código Laboral. Ahí nos enteramos de que las trabajadoras, a lo único que teníamos derecho era a doce artículos, de los cuales dos o tres hablaban de lo que significaba el trabajo doméstico. «¡Tan poquito tenemos nosotras!», decíamos y empezamos a acercarnos más al Ministerio de Trabajo. Siempre hemos buscado apoyo y ayuda de alguien que esté más cerca. Venía un abogado, un señor de apellido Monroy, quien fue nuestro asesor; voluntariamente nos capaci-

taba para que no muriera la organización. Él era juez de la niñez y nos quería ayudar, pero no podía hacer ciertas cosas porque decía que un juez en realidad no puede dar capacitaciones. Otras organizaciones nos ayudaron con la motivación, nos daban talleres de autoestima. Siempre les pedíamos porque era importante tener esos talleres. Para esto buscábamos al CEPAM (Centro Ecuatoriano para la Protección y Acción de la Mujer) de Guayaquil, que también daba talleres. Como nosotros teníamos la gente y ellos querían dar capacitaciones, ahí estábamos y era más fácil porque ellos venían al sector y las mujeres no tenían que moverse mucho.

Crecimos muchísimo y rápidamente. En el 2019 hicimos un primer proyecto manejado exclusivamente por nosotras. No sabíamos que entre más crecíamos más problemas se nos venían. Pero crecimos en todos los aspectos: en compañerismo y en conocimiento.

Las alianzas posibles

Noelia Mantilla

Elvira conoció a Maricruz en el 2004, cuando formaba parte de una cooperativa llamada De Todas.

—Era un proyecto internacional, de Bangladesh, que se adoptó en Ecuador. Ahí se empezó con mujeres del barrio, por grupos, y se les hacía préstamos. En ese entonces yo fui la coordinadora de mi grupo, éramos veinte o treinta mujeres y esa cantidad se repartía por partes de cinco. Ahí nos capacitaron en cómo manejar el negocio, los gastos, los costos, lo que se comía, lo que no se tenía que comer, cómo fiar, bueno, ustedes ya lo saben perfectamente. A mí me ayudaron muchísimo esos talleres. Ahí conocí a Maricruz y nos hicimos yunta, pana. ¿Sí sabe lo que es yunta y pana? —me pregunta, y yo le respondo que sí.

Elvira llegó a UNTHA a través de Maricruz cuando todavía era una asociación. A pesar de que había sido trabajadora del hogar durante muchos años, nunca había estado al tanto de lo que implicaban los deberes de los empleadores ni mucho menos que sus derechos laborales eran iguales a los de ellos. Que los regía la misma ley. Que había límites que respetar. Se había manejado bajo sus propios medios a la hora de conseguir y dejar un trabajo, se enteraba de las vacantes por medio de los anuncios en Radio Cristal o de la boca de sus amigas que realizaban el mismo oficio. Con ellas conformó una asociación que cada vez se hizo más fuerte y más grande, pero que en principio servía para apoyarse mutuamente con información de este tipo.



Trabajaba según sus términos porque eran los únicos que conocía y si se encontraba incómoda en alguna situación, se marchaba sin pensarlo dos veces. Esto ocurrió con frecuencia en la casa donde trabajó por más de diez años, ahí tenía roces con el esposo de su empleadora y, cuando estos se convertían en peleas, ella se marchaba alegando que tenía una emergencia en Esmeraldas, aunque en realidad se iba a trabajar a otras casas. Sin embargo, siempre terminaba ocurriendo algo que hacía que llamara a sus antiguos empleadores diciéndoles que estaba lista para volver. Ellos a su vez expresaban cuánta falta les hacía, que no había nadie como ella, que le iban a subir el sueldo, que el señor ya había cambiado y no se iba a portar así con ella. Entonces volvía.

—Ya pues, no se adaptaban a la nueva persona porque ya estaban adaptados a mí. Sobre todo, había mujeres que iban con hijos; en cambio yo no tenía hijos y me quedaba hasta la hora que yo quisiera, también por eso —recuerda—. De ahí fui a trabajar a Vía a la Costa. No recuerdo bien qué pasó, pero me salí de esa casa, y les dije que tienen que pagarme mis beneficios, que siempre hemos tenido las trabajadoras remuneradas del hogar. Entonces me fui a la organización, a UNTHA. En esa época era una asociación con otro nombre. Ahí conocí otras cositas, recibimos muchos talleres, hasta que me empoderé del conocimiento. Ahora me puedo defender.

Elvira me cuenta detalladamente las condiciones de su trabajo actual en donde ya lleva un año y medio. Está asegurada y trabaja 40 horas a la semana. Todo está estipulado en un contrato, precaución que antes no tomaba. Me cuenta también que al inicio tuvo un malestar con su empleadora porque, si bien aceptó el trabajo bajo otros términos, lo hizo por un momento de necesidad económica que la superaba. Sin embargo, a medida que entraban en confianza, le hablaba acerca de la igualdad de derechos laborales que tenían y, como era de esperarse, se encontró con cierta resistencia: su empleadora le dijo que ‘esas’ leyes que protegían a Elvira no valían realmente.

—Ella dijo que una trabajadora remunerada del hogar, o una persona que no haya pasado por el colegio o por la universidad, no tiene derecho de tener todos los beneficios. Entonces yo

le dije que las leyes están, y tuvimos un malestar, pero yo me quedé ahí, porque yo tenía deudas y no tenía otro empleo. Ella me dijo «mire, doña, dígame si usted me va a demandar. Si usted no me va a demandar con los días sábados para que firmemos contrato». Entonces yo le digo «no la voy a demandar nada», pero con todo, le dije lo que sentía y lo que tenía que decirle.

Fue así como Elvira aceptó trabajar los sábados sin cobrar por horas extras, a pesar de conocer y expresar dichas irregularidades. Ese acuerdo entre ambas empezó a revisarse a medida que Elvira pudo pagar sus deudas y le anunció a su empleadora que, o se ceñían a las leyes completamente, o se marchaba. No bastaba con decírselo todo el tiempo, era necesario que entendiera que ambas tenían obligaciones que cumplir.

El contrato con las nuevas condiciones laborales lo hizo la hermana de su empleadora y no había escuchado novedades; a medida que me contaba esto se percató de que no estaba tan segura si incluía todo lo que habían acordado. Se recordó a sí misma recordárselo más tarde.

Me cuenta sobre las reuniones de UNTHA. Estas son convocadas a través de mensajes en WhatsApp u otras redes sociales. Cuando se trata de asambleas generales ponen el anuncio también en Radio Cristal, donde antes escuchaban atentas por si alguien había puesto un anuncio buscando trabajadora del hogar. Se reúnen cada quince días o cuando el trabajo de cada una se los permite. Se turnan las casas para que sirvan de sede y se invita a la comunidad para que quien quiera vaya, y así poder compartir los conocimientos adquiridos. Hablan de sus procesos de formación, de sus derechos, de sus dificultades y aciertos.

—Como para enseñarles a las mujeres dónde están las instituciones, ahí están los derechos y también las instituciones donde ellas pueden acudir a poner una denuncia, como la fiscalía y así. Eso que las mujeres ahora pueden denunciar en la fiscalía, en el Ministerio del Trabajo, en la Seguridad Social. Todas esas cosas nosotras les enseñamos a las mujeres.

—Me di cuenta de que en la sesión anterior tenían un caso, más o menos una emergencia por el caso de la compañera que había sido...

—Asesinada —termina por mí.

—Asesinada, sí.

—Claro, ella no es directamente de nuestra organización, pero son organizaciones amigas en donde nosotras también participamos, con quienes nos hemos fortalecido y son amigas de nosotras. También nos duelen, son mujeres. A todo el mundo le debería doler esa injusticia con las mujeres. Hoy mataron a otra chica en Los Ríos, entonces son cosas que se van dando. Todos deberíamos alzar la voz, hombres y mujeres que no les gusten estas cosas, deberíamos denunciar.

Hay un corto silencio que creo que va a extenderse para siempre, entonces Elvira menciona que siempre hay alguien de la organización viajando a Quito para fortalecer alianzas con otras organizaciones, que son esas relaciones las que les han permitido crecer y mantenerse en el tiempo. Casi de inmediato, Maricruz se ofrece a tomarle un retrato a Elvira para el libro y demostrarle que ha aprendido a manejar la cámara en los últimos días. Revisan la foto que no alcanzo a ver y asienten satisfechas.

Los cuidados propios

María Beatriz Crespo

A la señora Gina la afiliaron de la noche a la mañana, después de haber trabajado tres años con la señora Amparito. Sin ningún aviso, la señora Amparito le contó que ya estaba asegurada. Sin embargo, nunca la liquidaron por los otros tres años que tenía trabajando.

Gina se involucró en el sindicato por su comadre, quien siempre le hablaba de UNTHA. Así empezó a conocer a las mujeres luchadoras que están ahí, «buenas mujeres, buenas compañeras porque siguen luchando», asegura. Poco a poco, Gina fue asimilando lo que merecía tener desde su primer trabajo a los 16 años: respeto a su integridad, a sus horas de trabajo y al salario correspondiente. «Yo comparto todas esas cosas con otras compañeras que no están en el sindicato, con otras personas que son explotadas; les cuento a ellas de UNTHA y les digo que se afilien». Gina cuenta que muchas de ellas tienen miedo a afiliarse porque si llegan a denunciar, «lo primero que puede hacer nuestro empleador es botarnos del trabajo». Hoy sigue existiendo el miedo a defender el bienestar propio con tal de mantener el empleo.

Gina ha asistido a las reuniones cada vez que su comadre se lo pide, y con esa misma constancia habla del sindicato a las que no están afiliadas, tratando de convencerlas de que vayan a las reuniones y a las marchas.

Hoy Gina nos describe con certeza que la relación que se establece entre las empleadoras y las trabajadoras es superviolenta, y depende casi exclusivamente del carácter



de la patrona. La inestabilidad emocional de sus jefas, seguido por el carácter de sus esposos, han hecho muchas veces llorar a Gina en el trabajo. Recuerda que una amiga le dijo alguna vez «no llores más, no llores delante de él, porque él lo hace para hostigare, para que tú dejes el trabajo». Ahora se toma las cosas con calma, a pesar de que ella misma admite ser demasiado sentimental. Ella se ha dado cuenta que esa relación es el aspecto más desgastante de su trabajo; entiende que por más que nunca les falle como empleada, aun estando enferma, son los patrones los que deciden en casa ser tóxicos con aquellos que les sirven y les quitan las incomodidades diarias para que ellos, fuera de casa, puedan cumplir con sus trabajos. Gina ya no se pregunta por qué se portan así, más bien asegura: «ya no le doy esa importancia que le daba antes, que cuando él se ponía a hablar yo me ponía a llorar. Ahora, si se pone a hablar, lo dejo nomás y no le hago caso. Como si no es conmigo».

El testimonio de Gina evidencia que ser trabajadora del hogar no solo consiste en planchar la ropa, lavar los platos, cocinar, cuidar a los niños, limpiar la casa. Ser trabajadora del hogar es, muchas veces, ser el chivo expiatorio emocional de sus patrones. Esto sigue siendo así para muchas que aún hoy no conocen a UNTHA y sus esfuerzos por dignificar este trabajo. Gina trabaja con corazón y alma, tanto, que afirma considerarlos como familiares. Cuenta de aquella ocasión en la que su entrega superó las fronteras de lo laboral. La ‘mamita’ de su jefa quedó sola cuando esta se fue de viaje y «yo me hice cargo de cuidarla, de asearla, de darle de comer. Mis hijos me decían “tú como que tienes otra familia, mamá. Tu familia es más allá que acá”». Justamente fueron ellos quienes no tuvieron la oportunidad de crecer con Gina, porque sacrificó a su propia familia por las de sus empleadores. «A mis hijos los he dejado botados por cuidar niños de otras personas y que los jefes nunca consideren eso me duele». Un trabajo que cause dolor no puede ser llamado trabajo. Nunca. La mamá de su jefa murió en sus brazos y «ni así —dice Gina— llegan a considerar a uno».

Gina vive con su hija de 16 años, y le dice a su comadre con esperanzas: «ya quiero que mi hija salga del colegio para ver si descanso y me quedo en mi casa». Pero la realidad es

que Gina vive alquilada, aunque pareciera que pronto llegará el alivio. Su yerno se compró una casa y Gina espera mudarse ahí con su hijo de 26 años, para dejar de pagar la renta de 300 dólares. «Usted se va a venir con nosotros —le dice el yerno a Gina— porque usted ha rodado con mis hijos y con Carmen; yo no los puedo dejar abandonados a los tres. Por eso compré un solar con dos casas. En una va a vivir usted y en la otra voy a vivir yo con Carmen. O si quiere, vivimos todos en una casa». Con esto, Gina podrá encontrar desahogo y ver un futuro en el que finalmente pueda descansar. «Yo ahorita estoy enferma, pero tengo que trabajar. Me duelen los huesos y desde ayer ando con un dolor en el pecho que no lo soporto. Pero le agradezco a Dios de todos modos por lo que me ha dado, por lo que nos está haciendo y porque voy a pasar con mis hijos los últimos días que me queden».

Empoderarse es un camino largo y grato

Analy de la Vera

Las miembros fundadoras de UNTHA cuentan que, en 1998, acompañadas por la ya fallecida socióloga Trinidad Coloma, comenzaron a organizarse para defender sus derechos y resolver las necesidades y problemas que tenían en sus trabajos. Un trabajo que ha sido desvalorizado por la sociedad y por los empleadores.

—El Estado antes no se ocupaba de la educación y todo era privado,¹ así que vino una ONG italiana a cubrir eso. Daba becas a los chicos y acompañaba los procesos democráticos de las escuelas, hablaba con los profesores sobre el maltrato e intentaba organizar a la gente de aquí para que participara. Me interesé en la fundación porque mis hijos habían ingresado a ese proceso. Conocí a dos compañeras en el 2003, cuando todavía se llamaba Asociación de Trabajadoras Remuneradas del Hogar. En el 2007 las volví a encontrar y estaban en un nuevo proceso. En ese tiempo, la compañera Lenny me invitó a participar porque ella ya había estado en la directiva de la organización. Entonces, empecé a participar como socia y justo estaban escogiendo una nueva directiva para los dos siguientes años y quedé como vicepresidenta. Me ha tocado acompañar a hacer denuncias, ir a las audiencias; aprendí un poquito de derecho y dónde

¹ En realidad, la instrucción pública se da por primera vez en Ecuador en el año 1835, y se mantiene de manera ininterrumpida hasta la actualidad. En ese entonces, la Dirección General de Estudios y las Subdirecciones e Inspectorías de Instrucción eran las instituciones encargadas de regular el cumplimiento de la misma en establecimientos fiscales y órdenes religiosas. Esto devino en lo que ahora conocemos como escuelas primarias, escuelas secundarias y universidades.



quedaban instituciones como el Ministerio de Trabajo, porque llevaba a las trabajadoras cuando llegaban a la oficina de la asociación.

»Toda esa experiencia me sirvió para aprender. Para entonces ya conocía la problemática porque, por ejemplo, mi tía veía como algo normal no haber tenido nunca seguro social. Cuando dos tías fallecieron, tuvimos que pedir a sus empleadores que ayuden a pagar los gastos. En ‘agradecimiento’ por el servicio que ellas les habían prestado estuvieron presentes, porque disque las consideraban parte de la familia. Pero nosotras no queremos que los empleadores nos consideren como su familia, sino que paguen lo justo, lo que la ley dice. La consideración para todo mundo. Pero cuando se dice «es como mi familia» puedo dejar de ser justo con su trabajo. Piensan que, «como es familia, le puedo pagar lo que me dé la gana y me atenderá todo el tiempo; como es familia, no veré que tiene derechos y la ocuparé hasta donde me sirva», porque eso ha pasado también. Mujeres que han trabajado toda su vida y cuando a los empleadores ya no les sirven, las han desechado nomás como cualquier cosa. Tenemos compañeras que han vivido algo así. Ellos tratan a las señoras que sirven en sus casas como poca persona, como si no tuvieran mucho valor. Pero nosotras les estamos diciendo que, al quedarnos en sus casas, cuidando a sus hijos, ayudamos a otras mujeres y familias a que se desarrollen desde sus profesiones.

»Desde que comenzamos a organizarnos hemos podido decirles a las mujeres en sectores como la Trinitaria y las Malvinas —donde vive otra compañera que también es de Esmeraldas—, incluso en los Guasmos, que tienen derechos que las amparan como trabajadoras.

»En todo este proceso hemos conocido a presidentes, ministros y hemos exigido muchísimo. Todo esto nos ha permitido alcanzar un reconocimiento en la sociedad con las otras organizaciones que nos hemos encontrado en el camino, quienes llevan sus propias luchas. Todo lo que tenemos hasta ahora, desde el punto de vista de cualquier mujer que participe en esto, que viva en esta sociedad ecuatoriana, lo hemos ganado con esfuerzo. Ni el Estado, ni los hombres nos han dado nada, porque siempre ellos han creído que son más importantes y va-

liosos que nosotras. Las mujeres, al organizarse, consiguieron igualdad, permisos para trabajar, hemos pedido tener los mismos derechos, la misma consideración y todavía aún, en el 2019, a una mujer se le paga diferente, aunque haga el mismo trabajo que hacen los hombres. Y qué decir de este trabajo. Al trabajo doméstico remunerado se lo ha considerado de menor valor, y aunque la ley dice que hay un sueldo unificado, todavía se sigue pagando la mitad del sueldo o un cuarto de la mitad de sueldo. Creo que hay tarea para rato, porque tenemos que seguir empoderando a las mujeres para que exijan, por ejemplo, el derecho a las vacaciones, porque esa es otra cosa, a las trabajadoras del hogar se las ha visto como mujeres que no tienen vacaciones. Cuando los empleadores se iban de viaje a otro país, les decían que se quedaran en sus casas, y tenían que limpiarlas, cuidarlas, echarles agua a las plantas, darle de comer al perro, hasta que ellos regresen. A veces ellas vendían sus vacaciones por coger más plata, pero la ley dice otra cosa. Dice que usted tiene derecho a vacaciones pagadas. Y como las señoras no lo saben o no lo sabían, pasaban por alto todas esas cosas. Esos son los aportes que nosotras vamos haciendo desde la UNTHA: empoderamos a las mujeres para que conozcan sus derechos y los defiendan.

»En el camino nos hemos encontrado con organizaciones que defienden los derechos humanos y hemos ido aprendiendo de todo un poco. Por eso nosotras podemos tener más facilidad de palabra, porque usted sabe que la mayoría de las veces las mujeres que trabajan en casa tienen pocas palabras para defenderse, poco conocimiento, y eso les hace tener vergüenza con el empleador. Nosotras, las de la organización, no tenemos vergüenza en hablar con la autoridad, ni con el empleador, porque es importante decir que este trabajo, el trabajo doméstico, el trabajo remunerado del hogar como se le llama ahora, es un trabajo en realidad importante.

La abogada de UNTHA

María Beatriz Crespo

Doña Esperanza llegó en 2010 a UNTHA con una labor muy específica: abogar por las integrantes y sus derechos. Su primera labor, que consistía en la redacción de cartas, pronto evolucionaría a talleres de escritura para las miembros de este sindicato, otorgándoles las herramientas para que puedan redactar las suyas. Doña Esperanza tiene 52 años, estudió Leyes y asegura que su carrera tomó otro rumbo cuando entendió lo que era capaz de hacer para estas mujeres que conoció por casualidad. Las primeras cartas que hizo eran, por lo general, para solicitar facilidades donde hacer los talleres organizados por el sindicato. Entre los talleres que más recuerda ella menciona «aquellos que trabajaban en la autoestima de socias que venían del sufrimiento. El machismo era tal que tenían que venir con sus esposos a los talleres para que estén informados a qué iban. Creían que sus esposas iban a perder el tiempo».

Doña Esperanza, con evidente confianza en sí misma, sabe que exigir sus derechos nunca puede ser una pérdida de tiempo, y reconoce la importancia de valorarse a uno mismo antes de poder exigirlos. No solo era la abogada de UNTHA, sino que empoderaba a las chicas para que pudieran reconocerse dignas de derechos. «Muchas de ellas no sabían que tenían derechos y que podían reclamar la seguridad social; los empleadores sabían que existían, pero no los aplicaban en este trabajo porque no se lo percibe como un trabajo común». Menciona los riesgos de salud a los que se enfrentan las empleadas domésticas: «químicos que resultan tóxicos, penetran por la piel, la nariz y causan problemas del diafragma, gripe, irritación de garganta o laringe». O incluso riesgos de violencia o abuso porque muchas de ellas no tenían



un lugar independiente de la casa dónde dormir. «A muchas se les daba un espacio en la bodega», asegura, y recuerda cómo la interrupción e invasión de privacidad era un factor común mientras dormían o tenían tareas de la universidad o del colegio.

«El seguro social siempre estuvo allí», reflexiona doña Esperanza con un poco de tristeza por todas las empleadas domésticas que nunca conocieron la oportunidad de reclamar sus derechos. «Verdaderamente, yo siento que llegué a responder por ellas», puntualiza.

Entre las cosas que más disfrutó doña Esperanza fue dar los talleres. Ella nunca fue una trabajadora doméstica; sin embargo, se sentía como una y prefería responder como una trabajadora remunerada antes que decir que era una socia honoraria. «Si me preguntaban yo respondía, pero siempre parecía como una trabajadora más». Estas fueron las palabras que me llevé con más peso de doña Esperanza. Ella trabajó en el sindicato desde los zapatos de las trabajadoras domésticas; entre las entrevistadas, era la única que estaba como una voluntaria. «Después de conocerme, vieron que mis acciones eran totalmente desinteresadas. Me pidieron que les enseñe a escribir, y yo sabía que esa necesidad era una herramienta que las sacaría de muchos apuros al momento de pedir favores».

Hablar con ella durante la entrevista me transmitió ese sosiego que probablemente fue cultivando en sus años de enseñarles a las señoras la estructura formal de una carta, de las que me fue enumerando vagamente: «les indicaba que debía estar presente la fecha, el encabezado, hacia quién va dirigido, las particularidades, qué se escribe con mayúscula, qué con minúscula, el cargo de la persona no debía ser omitido (“apreciado señor”, “apreciada señora”), luego venía el favor que queríamos pedirle, “quedamos a la espera de su amable y pronta respuesta”, y finalmente el agradecimiento. Me preguntaban hasta cómo se escribían palabras».

Doña Esperanza poco a poco se fue convirtiendo en la figura intelectual del sindicato. Ella misma reconocía su importante labor, y le dio una razón más para empoderarse, siempre, como a ella le gustaba, de bajo perfil. Cuando le pidieron que fuera parte del sindicato, lo hicieron con estas palabras: «queremos que sea la primera socia honoraria de nuestra asocia-

ción, usted sabe que las socias honorarias colaboran y usted lo está haciendo con nosotras desmedidamente». Asegura que nunca esperó nada a cambio al ayudarlas, «siempre fui muy honesta con lo que les enseñaba, mi intención nunca fue figurar». Muchas veces la llevaron a la asamblea de Guayaquil cuando tenían reuniones con los asambleístas, y ella aportaba comentando que muchas de sus compañeras de universidad emprendían en ese trabajo y vivían experiencias desfavorables para una estudiante, punto que no se había tratado aún dentro del sindicato. Ha sido la abogada de cada una de las trabajadoras del hogar que se han acercado a la organización.

Doña Esperanza se despidió ese día con una sonrisa, y concluyó que una abogada debe siempre despersonalizarse y aprender a figurar como la persona a la que se está ayudando. Siempre.

Una torta sin vergüenza

María Beatriz Crespo

«Antes éramos muertas de vergüenza, ahora ya somos sinvergüenzas. Hemos aprendido en el camino, pero también nos hemos capacitado, ¿verdad, Lenny?». Esto asegura Maricruz mientras nos cuenta cómo se preparan cuando tienen que hacer actos conmemorativos y dar discursos. Nos explica que han llegado a donde están mediante un largo proceso, en el que han aprendido por experiencia y por capacitaciones periodismo y vocería para la defensa de sus derechos, motor principal de esta organización. Recuerda Maricruz, como si fuera un eco, a un señor de otra organización que les dijo un día «ustedes tienen diez o quince cuadras de mujeres que hablan y que tienen esa potencia de dar discursos». Hace énfasis en la palabra ‘potencia’ mientras continúa recordando cómo la vergüenza se fue perdiendo y poco a poco fueron creyendo en el proceso de formación para hacer vocería, para «decir bien lo que queremos decir, pues siempre viene la prensa a hacernos entrevistas y tenemos que tener la lucidez de decir más o menos lo que queremos que saque la prensa».

Una vez preparadas, reconocen la importancia del manejo de la palabra, potenciada por esta cantidad de mujeres que pueden ocupar esas diez o quince cuadras. «Ahora ya somos sinvergüenzas —dice Maricruz—. Lenny es la portavoz, la que da los discursos, se ha dado hartos discursos» añade, pidiéndole a Lenny que cuente alguna anécdota de cuando se fue a Ginebra, pero ella prefiere contarnos cuando le tocó hablar por primera vez.

Apenas llevaba un mes como presidenta de la UNTHA cuando tuvo que viajar a Perú. Intimidada por las ochocientas mujeres en el grandísimo auditorio, escucha a una señora indicarle que le tocaba hablar a Ecuador, pero Lenny no sabía qué decir, no tenía experiencia, así que le rogó que

OIGA PRESIDENTE
LAS MUJERES
SOMOS GENTE



hablara en su nombre. Una chilena le aseguró que escuchando a las otras chicas hablar ella iba aprendiendo, pero a Ecuador le tocó de primero. «Creo que hablé mal, porque había otra ecuatoriana ahí que era de Quito y dijo con una expresión “¡cómo va a decir esta compañera que no hay derecho en Ecuador!, ¿no ve a Annunziata Valdez lo que ha conseguido en la legislación?».” Lenny recuerda que a partir de este suceso decidió instruirse, por el coraje que sintió al quedar mal ella, y hacer quedar mal al país y a la organización. «Entonces me dije: ¡tengo que aprender! Si uno sabe leer y escribir, uno puede sacar cualquier proceso adelante». Y repite: «leer, prepararme, leer, prepararme». Esa fue su meta apenas regresó a Ecuador para dejar el nombre del país y de la organización en alto. La segunda vez que la invitaron, seis meses después, nos cuenta que ya lo pudo hacer bien y que incluso compañeras de México le dijeron que la veían fortalecida.

Lenny fue a Ginebra en 2018 para trabajar el convenio 190, «que ustedes deben de conocer como estudiantes», dice dirigiéndonos la mirada y motivándonos. «Comiencen ya a empoderarse de los convenios internacionales que tenemos en el Ecuador para respaldarnos a nosotras las mujeres». Los convenios 189 y 190 de la OIT están liderados por las trabajadoras del hogar, siendo una de las cosas que lograron en 2018. «Se ganó esa pelea. Esto es una experiencia única». Nos cuenta Lenny que la OIT es el único organismo tripartito y que por esto los sindicalistas sí pueden hablar. «En cambio, en los Derechos Humanos solo observan lo que se dice, los que hablan son de Derechos Humanos y el Estado, cuando se quiere sancionar al país por alguna violación de derecho que ha habido, pero la sociedad civil permanece sentada, sin hablar». Aunque puedan después expresarse por escrito, la voz es para estas mujeres una forma de apropiación de su integridad; como voceras oficiales de las trabajadoras del hogar, la voz es la materia con la que han fundado esta organización.

En estos viajes, Lenny ha ganado experiencia al conocer a otras mujeres y otras luchas, entre ellas los talleres con la periodista Miriam Rojas, que es famosa por sus talleres sobre *coach* comunicacional. Así, todos los procesos se siguen fortaleciendo según la singularidad de cada integrante para seguir empoderándose con su voz, con sus gritos y sus reclamos, sea en el hogar propio, en el hogar que trabajan, en los reencuentros entre ellas. Hablar es su arma y manejarla es su nueva habilidad.

«Yo tengo a mi hija de quince años y ella se para y da un discurso fácilmente. Menos mal, no tiene vergüenza y se ha formado. Yo la llevaba desde los siete años a estos espacios y ella con eso ha aprendido. Cuando le toca hablar lo hace muy bien», nos cuenta Lenny, agregando que su hija fue la representante del colegio en un concurso de inglés en el Vicente Rocafuerte. «Participando y participando, mi hija se ha hecho sinvergüenza, en el buen sentido de la palabra».

Han entendido que la unidad es lo que permite alcanzar los objetivos. «Al pueblo unido nunca lo van a callar. Esa es nuestra meta. No podemos reunir a todas las mujeres, pero por lo menos hay un grupo que hace voz, que hace bomba, que une fuerzas, que exige cosas que cambian la realidad de las trabajadoras o de los trabajadores», concluye, parafraseando a Tránsito Amaguaña, la mujer que representó a los indígenas para la defensa de sus derechos, una comunidad así mismo ignorada por el Estado. Una mujer que, de la misma forma, a través del proceso y la experiencia, se fue involucrando y autoeducando en la política para lograr visibilizar las injusticias hacia su comunidad indígena, fundando la CONAIE, cuya presencia política sigue vigente a nivel nacional. «Ha habido muchísimas mujeres así porque nosotras lo que intentamos es que mejore la condición de las trabajadoras del hogar para que las mujeres no sufran lo que han sufrido las que ya se han ido de aquí. La cosa no ha sido fácil para muchos, entonces, no nos podemos quedar de brazos cruzados. Si el pueblo no se une para decir ‘señor Estado’, entonces se acomodan y se van olvidando del resto», continúa monologando Lenny, o más bien dialogando con su voz prematura del pasado, recordando cómo es que ha llegado hasta aquí.

Fue así como lograron gestar su lucha, adueñándose de su voz y exigiendo su importancia. Para ellas, toda experiencia es una ayuda para continuar con su proceso, incluso la experiencia que tienen justo ahora con las estudiantes de literatura que las entrevistan el día del cumpleaños de Lenny. «Nos alegra participar con ustedes porque de esa manera nos nutrimos de la experiencia de ustedes que van a la universidad, pero también nosotros, desde el sector popular, tenemos lo nuestro», concluyen Lenny y Maricruz, mientras se terminan la torta de cumpleaños.

CAPÍTULO IV

Galería

Entrevistas y conversaciones

FOTOGRAFÍAS: JOYNER SALAZAR

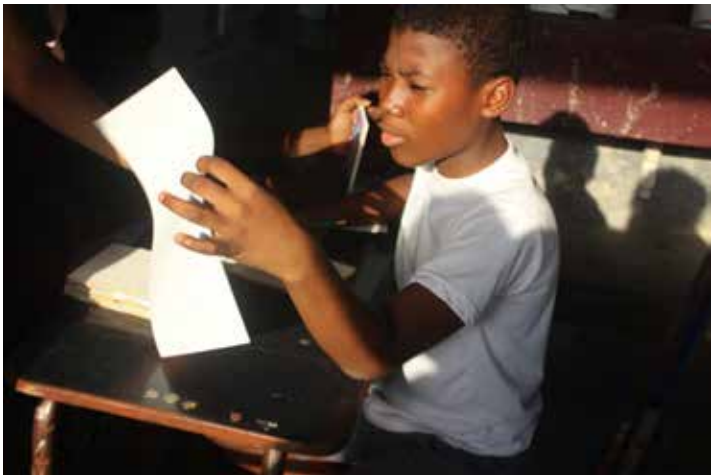




Taller de fotografía

FOTOGRAFÍAS: MARICRUZ SÁNCHEZ, LENNY QUIROZ, ESPERANZA FARFÁN, ELVIRA ÁNGULO

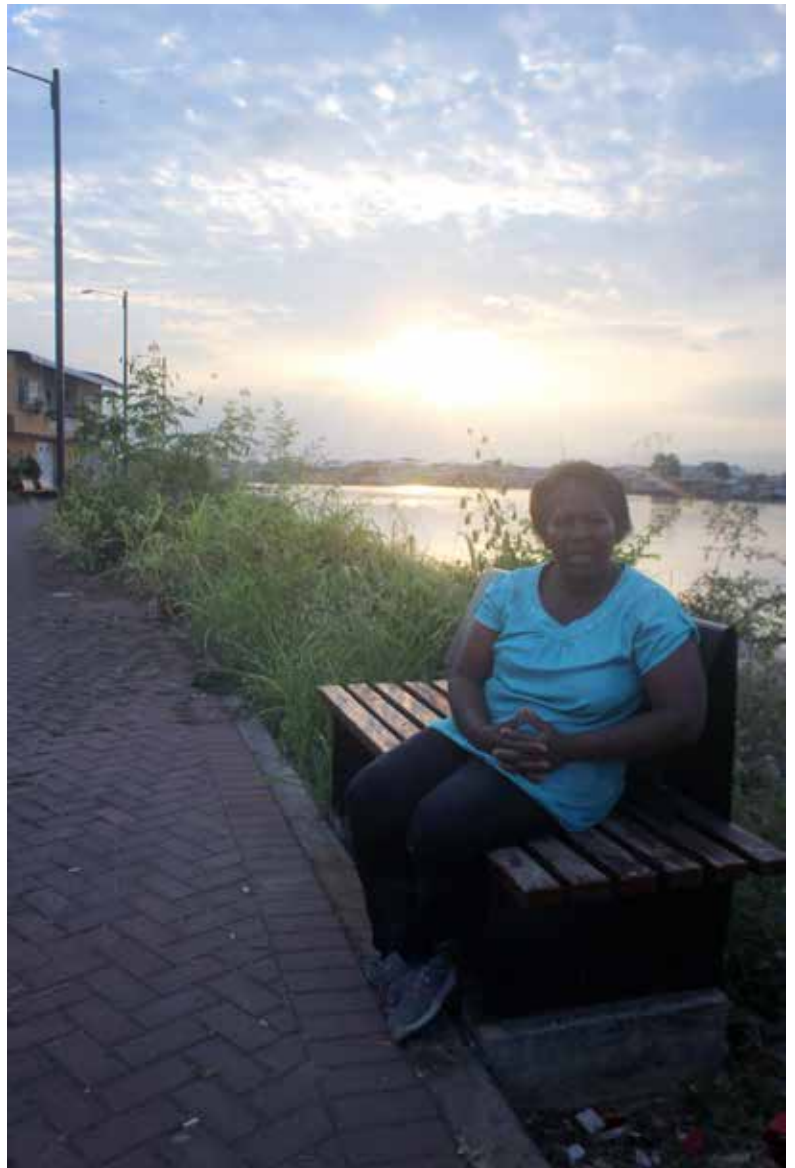




Taller de fotografía

FOTOGRAFÍAS: MARICRUZ SÁNCHEZ, LENNY QUIROZ, ESPERANZA FARFÁN, ELVIRA ÁNGULO





Taller de fotografía

FOTOGRAFÍAS: MARICRUZ SÁNCHEZ, LENNY QUIROZ, ESPERANZA FARFÁN, ELVIRA ÁNGULO



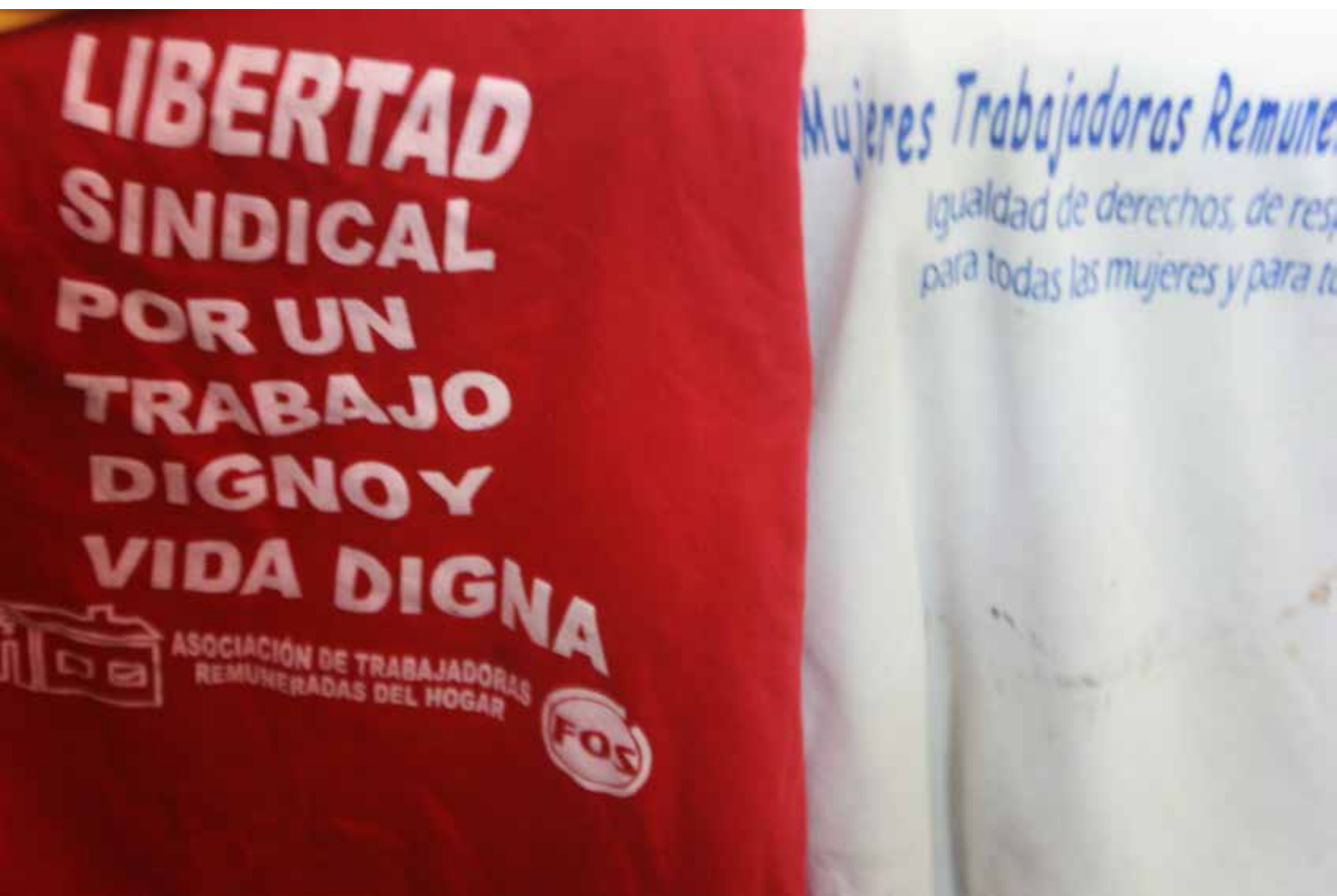


Actividades UNTHA: Taller de capacitación sobre derechos laborales

FOTOGRAFÍAS: ANA CARRILLO





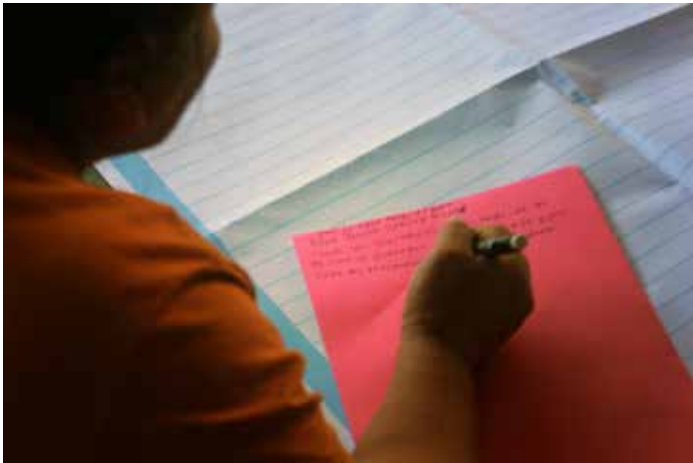




Actividades UNTHA: Taller de capacitación sobre derechos laborales

FOTOGRAFÍAS: ANA CARRILLO

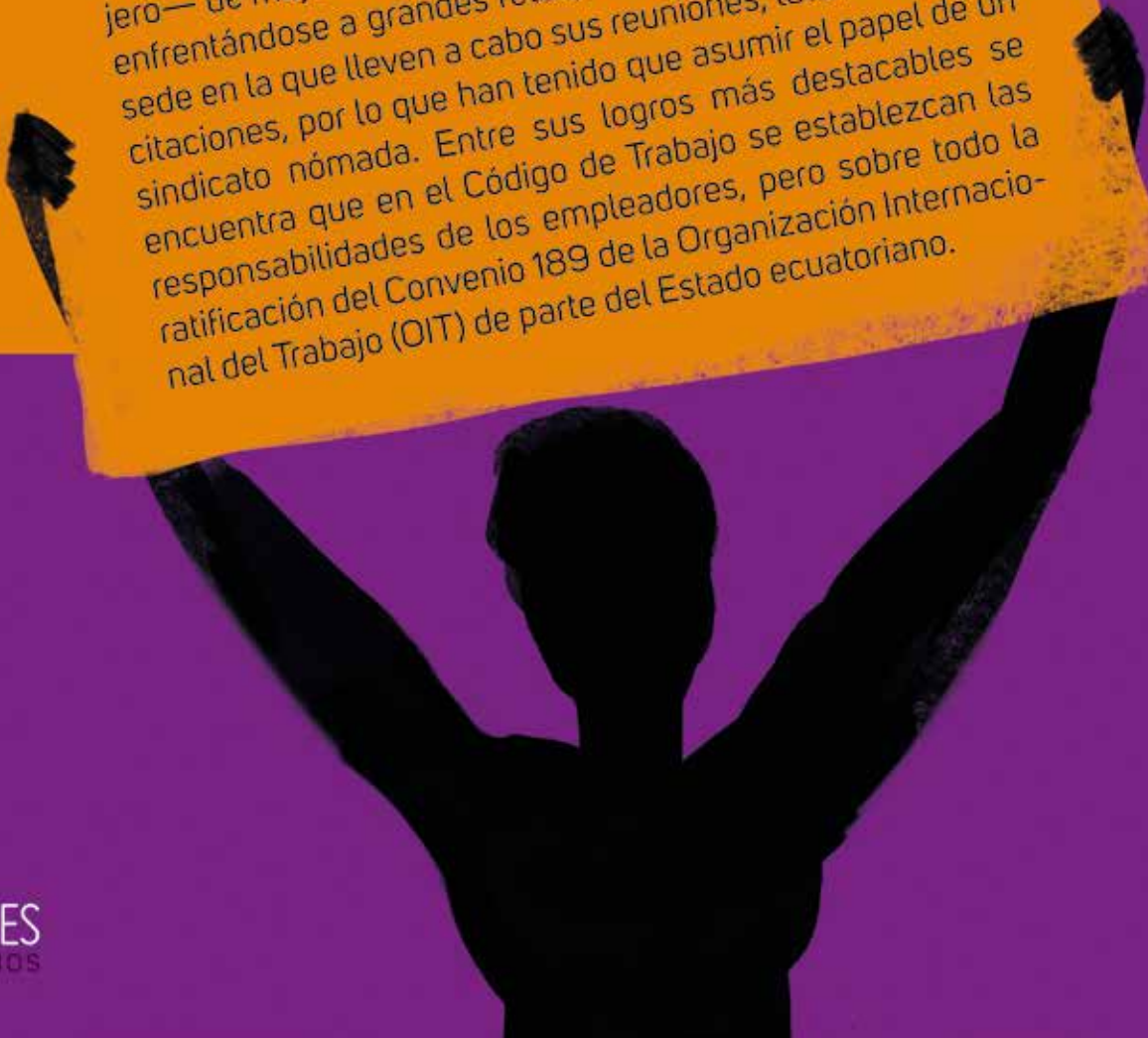




Publicado por
la Universidad de las Artes del Ecuador,
bajo el sello editorial UArtes Ediciones.

Octubre 2020

Familias tipográficas: Garamond y Uni Sans

A black silhouette of a person from the waist up, with their arms raised and holding a large, rectangular, light blue sign. The sign is tilted slightly to the right. The background is a solid dark blue.

Las redes de UNTHA se extienden por todo el país, pero en especial se concentra en Guayaquil por ser una de las ciudades con mayor influjo migratorio —nacional y extranjero— de mujeres que se desempeñan en esta área. Siguen enfrentándose a grandes retos, como la actual falta de una sede en la que lleven a cabo sus reuniones, talleres y capacitaciones, por lo que han tenido que asumir el papel de un sindicato nómada. Entre sus logros más destacables se encuentra que en el Código de Trabajo se establezcan las responsabilidades de los empleadores, pero sobre todo la ratificación del Convenio 189 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) de parte del Estado ecuatoriano.